

EL CORREO DE ULTRAMAR

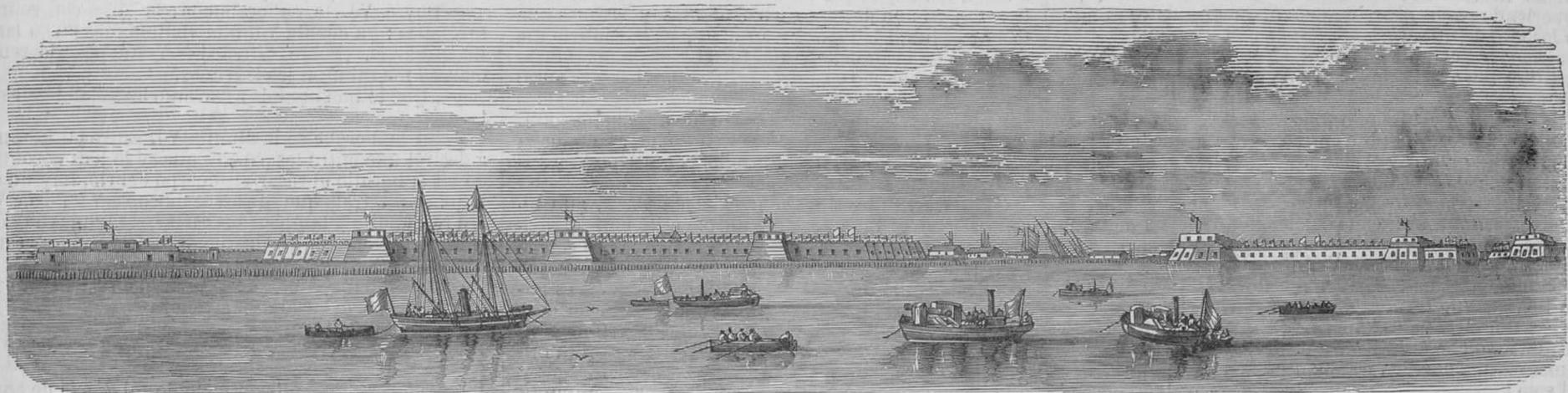
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

Año 19. — N° 413.



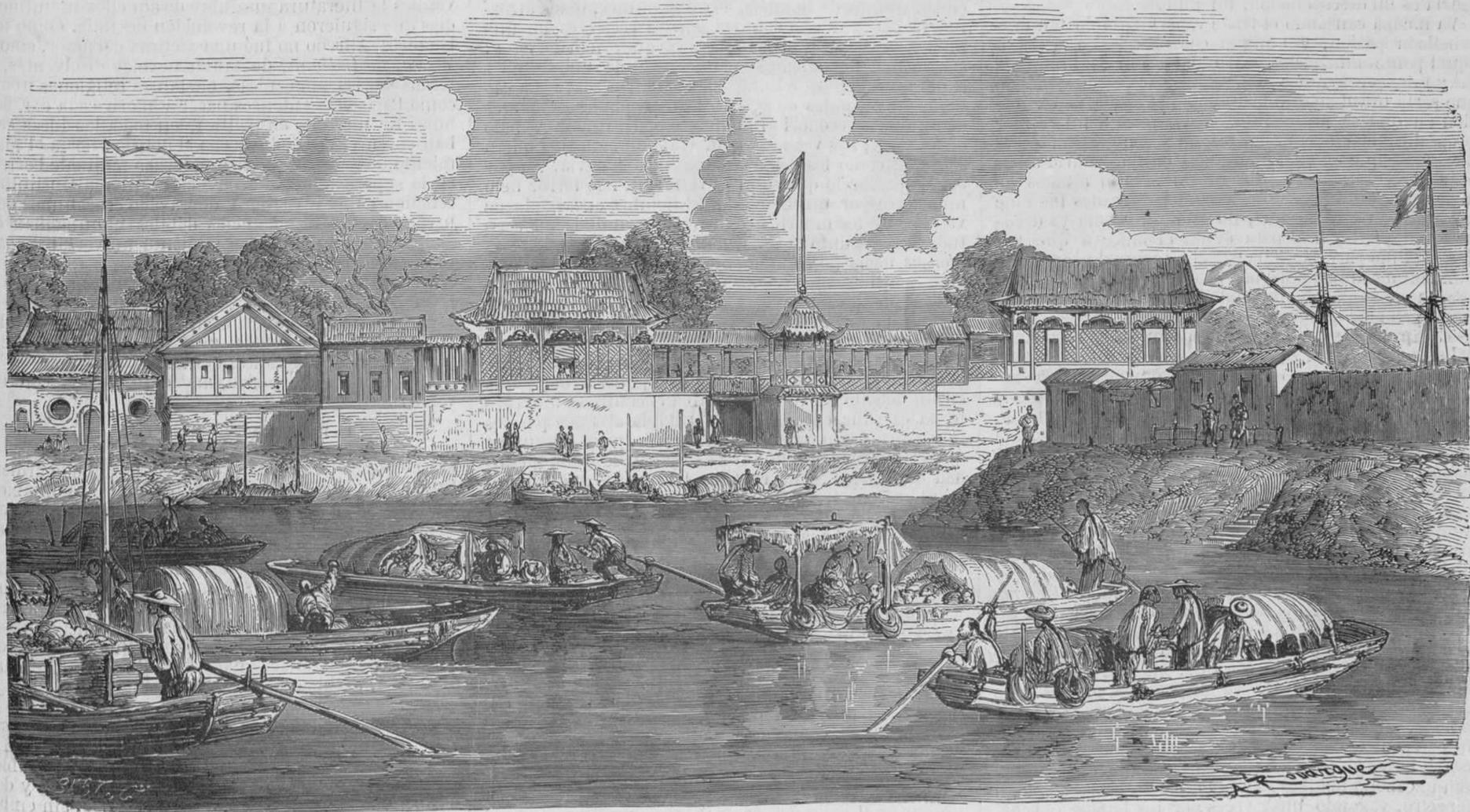
PANORAMA DE LOS FUERTES DE LA ENTRADA DEL PEI-HO.

Fuerte del Sur (rendido el 21 por la tarde.)

Entrada del rio de Pei-ho.

Fuerte del Norte
(rendido el 21 de agosto.)

Fuerte de detrás
(tomado por asalto el 21.)



YAMUN DEL GENERAL DE MONTAUBAN Y DEL ESTADO MAYOR GENERAL EN TIEN-TSIN. (Véase el artículo en la pág. 367.)

SUMARIO.

Panorama de los fuertes de la entrada del Pei-ho; grabado. — **Yamun del general Montauban;** grabado. — **Impresiones y recuerdos. — Revista de París. — Cácerías con halcón en Persia;** grabados. — **Los agentes electorales en los Estados Unidos;** grabados. — **El puff** — **Leyendas de un alma triste. — Ascension al mar de hielo;** grabados. — **Una historia inglesa. — El cultivo, recolección y preparación del cáñamo en el Rhin;** grabados. — **Discurso pronunciado por el señor don Francisco Martínez de la Rosa. — Sucesos de la China. — Cosenza en la Calabria;** grabados. — **La medalla de Italia;** grabado.

Impresiones y recuerdos.

UN BAILE EN EL ARRABAL DE SAN GERMAN
(*Faubourg Saint-Germain*).

(Conclusion.)

— ¡La muerte! muy joven es Vd. sin embargo todavía para no ver mas remedio que la muerte á sus males, cualesquiera que sean. Puede decirse de la muerte, y con mas razon, lo que del desafio dice uno de nuestros grandes poetas españoles :

Todo lo habeis de intentar
Primero que el desafio,
Que empezar es desvarío
Por donde se ha de acabar!

No digo esto para rehusar el que Vd. me propone, añadí movido de un exagerado punto de honra, no queriendo pasar plaza de demasiado prudente, ni aun á los ojos de un loco.

— ¿Qué poeta ha dicho esto? preguntó mirándome con la vaga expresion propia de los dementes y de los desesperados.

— Alarcon, el mas profundo tal vez de nuestros poetas dramáticos, el autor de *la Verdad sospechosa*, traducida por el gran Corneille.

Siguió á esta respuesta mia otro breve silencio, y ya pensaba yo en aprovecharlo para cortar aquella extraña conversacion y retirarme dejándole mi tarjeta con mis señas, cuando me cogió la mano y me dijo con firme entonacion, casi con solemnidad:

— Estoy resuelto á batirme con Vd. y me batiré: no le hago á Vd. el agravio de suponer que tendré que forzarle á ello, pero si fuera preciso, lo haria. Sé todo lo que ha dicho á Vd.... esa mujer, durante la hora.... ¡mas de una hora!... que han pasado Vds. juntos. Por el solo movimiento de sus labios adivino yo sus palabras. Excuso pues añadir que sé muy bien, tanto como Vd. mismo, que no le ama á Vd... ¡Oh! si Vd. fuera su amante no nos batiriamos... Un crimen me aseguraria! su odio eterno, ya que nada, nada en el mundo puede asegurarme su amor. Tal está mi corazón que su odio me pareceria hoy la felicidad suprema. Su indiferencia es mi desesperacion, mi muerte.

Ya me iba cansando el triste espectáculo de tan descabellada pasion, y aunque compadecia de veras á aquel pobre muchacho, cuyo dolor era seguramente muy intenso, no quise prolongar mas la escena, viendo que seria inútil cuanto le dijese en el estado de exaltacion en que se encontraba. Volví pues á mi primer propósito, le entregué mi tarjeta y me despedí de él diciéndole que en cualquiera ocasion me tendria á sus órdenes. Aunque no sentia en mí ni aun asomos de mala voluntad hácia aquel desgraciado, antes bien me inspiraba sincera lástima, no creí que podia ya decorosamente hacer mas para evitar el lance á que tan decidido me parecia: haber hecho menos hubiera sido tambien mostrarme casi tan insensato como él. Mi conciencia pues estaba completamente tranquila. Las últimas palabras que me dijo al retirarme, fueron estas: — Compadézcame Vd. porque soy muy desgraciado.

Después de haber contado á Eduardo mi aventura, para que en todo caso me sirviese de testigo, me retiré á mi *hótel*, llena la cabeza de ideas confusas y oprimido por el vago presentimiento de una desgracia. Desde luego dí por sentado que mi amable portuguesa debia ser muy inconstante en sus afectos cuando tan abandonado y desesperado tenia ya á aquel infeliz, pues ni aun se me pasaba por la imaginacion que este no hubiera sido nunca su amante: su pasion me parecia demasiado vehemente para no haber sido nunca correspondida. Esto despoetizó ya un poco la novelesca imagen que yo me habia formado en mi fantasia y quitó la mayor parte de su prestigio á aquella lágrima que á pesar mio se me habia entrado un poco en el corazón. Una mujer que llora es irresistible. Luego, la idea de mi próximo desafio con una especie de demente me sonreía poco; así fué que, aunque estaba rendido cuando me acosté, ya muy de día, apenas pude descansar ni un momento. Cuando empezaba á dormirme, me asaltaban tristes ensueños, fundidos luego todos en una violenta pesadilla. La hermosa joven con quien hablé al principio del baile, se me representaba con el cabello tendido sobre la espalda, lívida como un espectro, vagando unas veces por un bosque nevado, á la orilla de un estanque, próxima á precipitarse en él: los esfuerzos que yo hacia para contenerla, me des-

pertaban despavorido... Luego creia encontrarme en el coro de una antigua iglesia gótica medio alumbrada con blandones funerales y oia el canto lúgubre del órgano. Fantasmas vestidos de mantos negros rodeaban un catafalco, donde yacia tendida una virgen coronada de rosas blancas, envuelta en una pobre mortaja. Cerca allí entre la sombra, indolentemente apoyado de espaldas en un pilar de la nave, un joven vestido con suma elegancia, cuchicheaba y se reía con una mujer ricamente vestida... El era el joven italiano que tan impudentemente me habia ganado, — robado mas bien — mis veinte luises. A la mujer no podia verla bien la cara: — unas veces me parecia la madre de la pobre niña muerta, — otras la princesa de T*** en cuyo brillante baile habia pasado la noche; — otras la hermosa Laura.

Cerca ya de las doce entró á despertarme el mozo del *hótel*, trayéndome una carta concebida en estos términos:

« Pido á Vd. que me perdone el haberle importunado » anoche con mis locas confianzas: mi cabeza hervia » con el fuego de la calentura, mi corazón sufría hor- » riblemente y ni aun recuerdo lo que dije á Vd. Creo » que le hablé de batirnos hoy y no sé si nos dimos una » cita al efecto en el bosque de Bolonia... Como quiera, » hoy estoy mas tranquilo y reconozco la insensatez de » aquel proyecto... ¿Qué culpa tiene Vd. de que ella no » tenga alma ni corazón?... Adios, pues: no vaya Vd. á » esperarme al bosque de Bolonia: me esperaria inútil- » mente. — Alfredo de S... R... — *Calle de la Harpe, hó- » tel del Norte.* »

No sé porqué esta carta tan pacífica y tan juiciosa en el fondo, no obstante lo descosido de sus frases, me pareció de mal agüero. Desde luego decidí no ir, por lo menos aquel día, á casa de Laura; y como necesitaba distraerme un poco para no pensar demasiado en este sacrificio y sacudir además la especie de mareo que aun me duraba de la mala noche pasada en vela, me eché á andar sin objeto por las calles, cubiertas por cierto á la sazón de una de esas nieblas densas y pesadas que filtran la humedad hasta los huesos, y sin sentirlo me encontré en los muelles, que fui siguiendo maquinalmente, entretenido en mirar las grandes barcas del río pasar cargadas de carbon ó de maderas y dirigidas por un solo remero, como al trasluz de un velo de gasa. Llegado así junto al puente de *San Miguel*, ví mucha gente que entraba en un edificio de pobre aspecto y entré yo tambien. Era la *Morgue*.

Con llevar tantos años de residir en París, aun no conocia yo este fúnebre sitio, último asilo de los asesinados y los suicidas desconocidos que la policia recoge en toda la jurisdiccion de París y sus contornos, y que se exponen allí á la vista del público á fin de, si es posible, constatar su identidad: esa exposicion, por desgracia permanente todo el año, y mas que nunca en estos duros meses de invierno, — tan crueles para la miseria, tan propicios para el crimen con sus largas y frias noches, malisimas consejeras, — está siempre muy concurrida. No sé qué instinto me movió á traspasar aquellos fúnebres umbrales: en ellos me aguardaba un espectáculo horrible. Al otro lado del cancel que separa el espacio destinado al público del que contiene la larga tarima inclinada en que se exponen los cadáveres, ví una fila de cuerpos, desnudos los mas hasta la cintura, unos de hombre, otros de mujer, todos atrozmente desfigurados con las señas recientes de una muerte violenta. Los mas se conocia que salian del agua: sus vestidos, pendientes encima de cada uno de ellos como un manojó de harapos, destilaban sobre sus cabezas negras gotas de agua... Entre aquellos cadáveres de ahogados reconocí al momento el del infeliz Alfredo de S... R...; sus vestidos (¡un traje de baile!) pendian sobre él, como los demás, empapados todavía. No podria expresar lo que sentí al verle: un frio terror heló mi sangre por un momento. El hombre encargado de velar sobre los muertos, extrañando sin duda mi actitud, me preguntó si conocia á aquel joven, traído á la *Morgue* hacia pocos momentos, y habiéndole respondido que sí, y mostrándole vivos deseos de saber algunos pormenores de su desgracia, solo pudo decirme que una barca de aduaneros habia visto flotar el cuerpo junto á uno de los pilares del *Puente Nuevo*; que segun dictámen del facultativo que acababa de reconocerle debia haber estado pocas horas debajo del agua, y que en un bolsillo del frac se le habia encontrado una cartita que me enseñó. En ella habia algunos papeles muy confusos que ni aun intenté leer, pues segun me dijo el guarda, ninguna luz arrojaban sobre la identidad del suicida, — un retrato al lápiz en que al momento reconocí, aunque medio borradas por la humedad, las facciones de Laura, y un rizo envuelto en un papel, sobre el cual se leia: *cabellos de mi pobre madre*. Encima y debajo de este renglon se veia una cruz.... ¡Qué mezcla, Dios mio, de piadosos sentimientos y de insensata impiedad!!...

Inmediatamente volé á la calle de la *Harpe*, al *hótel* que Alfredo me habia indicado en su carta, y referí el triste caso á la patrona, que lo sintió mucho porque el desventurado joven... la debia casi tres meses del alquiler de su cuarto, de su guardilla, mas bien. Quince francos mensuales era su precio, que satisfacía en el acto por no oirla; y como con esto quedaba el cuarto por mi cuenta los dias que aun quedaban para completar el mes, la hice que me acompañase á él y me encendiese una buena lumbre en la chimenea, — muy desacomtumbrada al calor del fuego hacia ya mucho tiempo! Todo allí presentaba en efecto el sello de una espantosa miseria, — de esas miserias decentes, que son las mas

dolorosas: el suelo enladrillado, sin un triste tapiz, aquí que los tienen hasta los porteros en sus covachas; las paredes cubiertas de un mal papel amarillo, desgarrado á trechos; las ventanas sin maderas ni persianas y solo con unas frias cortinillas de percal: una cama de anacoreta, una mesa, una cómoda casi vacía, dos caballetes, una caja de pinturas al oleo, varios bocetos, — los mas de retratos hechos al parecer de memoria y en varias actitudes, no necesito decir de quien... ¡hé aquí todo el ajuar de aquella estancia de un artista! Por la patrona supe que este desdichado tenia veinte años; que su padre, honrado labrador de un pueblecillo cerca de Angulema, viudo y sin mas hijos varones que él, le habia enviado á París á estudiar la pintura, en la que habia empezado á hacer brillantes progresos, hasta que dió la fatalidad de que se enamorase perdidamente de *una mala mujer, — de una duquesa, — una aristócrata!* (palabras de la patrona) — con lo cual abandonó completamente el estudio y se dió á contraer deudas para hacer figura en el gran mundo.

— Y vea Vd. adonde le ha conducido todo eso, añadió filosóficamente la buena mujer, — ¡á hacer figura en la *Morgue!*

Dominado por una indecible sensacion de tristeza, de lástima y tambien — ¿á qué negarlo? de ira é indignacion contra Laura, á quien suponía causante voluntaria de aquella catástrofe, me presenté en su casa, cerca ya de las doce de la noche, olvidando en la confusion propia del caso lo intempestivo de mi visita á aquella hora. Los criados no querian dejarme entrar, pero al fin entré, medio por fuerza. Estaba sola en su gabinete, leyendo junto á la chimenea: al verme entrar se inmutó un poco, y no es extraño, pues debí parecerle un loco escapado de su jaula; despeluznado, lleno de barro, hecho una sopa (á la niebla de la mañana, habia sucedido una lluvia tenaz), el semblante conmovido aun sin duda con las fuertes impresiones recientes, me planté delante de ella en la actitud de un espectro vengador, y sin saludarla siquiera:

— Doy á Vd. la enhorabuena, la dije con sonrisa sarcástica: ya cuenta Vd. una víctima mas en su largo martirologio. ¡Pobre Alfredo! — Y sin poderlo remediar, se me saltaron las lágrimas.

— ¿Qué le ha sucedido? exclamó levantándose asustada.

— En la *Morgue* se lo dirán á Vd. Entre tanto vengo á decirle que entre los papeles que se le han encontrado en el bolsillo al sacar su cuerpo del río, hay un dibujo... un retrato que se parece mucho á Vd. Puede Vd. ir á reclamarle y tambien sus cartas, si algunas hay entre sus papeles, antes de que la policia se haga cargo de aquel miserable cadáver...

La infeliz lanzó un grito y tuve que sostenerla para que no cayese al suelo desmayada...

Doy aquí punto á este extracto de mi *diario* de aquella época, porque ya está conseguido mi objeto, que es solo el de echar una ojeada retrospectiva á aquellos tiempos de mi primera juventud, — tiempos tan diferentes ya de los actuales. — Tambien he querido presentar una muestra, muy insuficiente sin duda, de los desastrosos efectos que produjo en algunas cabezas juveniles la literatura insalubre de aquellos tumultuosos dias que siguieron á la revolucion de julio. Como tantos otros, Alfredo no fué una víctima del amor, sino de *Teresa*, de *Indiana*, de tantas novelas disolventes, de tantas teorías anárquicas, de tantas religiones nuevas como París veia entonces nacer y morir cada dia, cada hora. En filosofía, en política, en todo, las ideas estaban entonces exaltadas hasta el delirio: hasta el sentimiento de la moral pública parecia á punto de borrarse en la superficie del cuerpo social; un mal instinto de rebelion habia invadido y depravado los ánimos de la juventud. Las inteligencias débiles naufragaban con facilidad en aquel desbordamiento universal de aspiraciones insensatas á un orden de cosas *imposible* en fuerza de empeñarse locamente en ser *mejor*, siempre mejor. — Una languidez enfermiza, un descontento sin causa, el suicidio á veces eran la consecuencia fatal de tales desvarios, — desvarios de que esta gran nacion parece hoy curada radicalmente.

El famoso prólogo de *Antony* que acaba con este verso:

Et mon âme... si j'y croyais!

era el evangelio de una gran parte de aquella ardiente juventud de las escuelas, siempre en rebelion abierta contra el paternal gobierno de Luis Felipe. ¡Cuán cambiada parece hoy, afortunadamente, en este punto á lo menos! — En otros es muy posible que valga menos...

Por lo tocante al doloroso suceso que poco, — muy poco desfigurado en lo sustancial de los hechos recuerda el anterior extracto, unas cuantas líneas sacadas tambien de mi *diario* de 1834, dan la explicacion, — la justificacion mas bien, — de la parte que en él aparecia tener el personaje designado bajo el nombre de Laura. Dicen así, algunas páginas después de lo que llevo copiado:

« Era ya dia claro cuando salí de casa de la condesa, apesadumbrado de haberla juzgado tan mal, y convencido con las pruebas que he visto de la nobleza de su alma, de la elevacion de sus sentimientos y de la inmaculada pureza de su vida. El mundo, sin embargo, al juzgarla tan duramente como yo al principio, se guiaba por indicios verosímiles, pero falaces; Eduardo la calumniaba de buena fe, porque en efecto se ha-

ha creído amado, tomando por demostraciones de amor los agasajos de una indulgente bondad; su marido había muerto... de un atracón de trufas en el *Rocher de Cancale*, después de una francachela con varios de sus compañeros de armas del Grande Ejército; el pobre Alfredo no la había dirigido la palabra tres veces en su vida. Yo mismo, que paso ya por su amante, no la he dicho todavía una sola palabra de amor. Todo esto me confirma en mi antigua creencia de que hace mucha falta un refrán que diga:

Piensa bien y acertarás.

EUGENIO DE OCHOA.

Revista de Paris.

Los teatros de Paris han comenzado ya á poner en escena las novedades preparadas para este invierno. En la Grande Opera se ha estrenado en la semana última un gran baile titulado «la Mariposa» (*le Papillon*), que llama extraordinariamente la atención de los aficionados á esta clase de espectáculos. El argumento se puede resumir en breves palabras: es una mujer que se vuelve mariposa; rara vez se habrá imaginado nada más poético. Las decoraciones son, como de costumbre, de un gran efecto, y la joven y ya famosa bailarina Emma Livry arranca grandes aplausos en el aéreo papel que desempeña con una gracia indecible. La música de este baile, de M. Offenbach, es sencilla y original, y merece bastantes elogios.

Próximamente se dará el *Taunhauser*, que se ensaya desde hace algún tiempo. Ya hemos dicho á nuestros lectores que esta ópera, célebre en Alemania, es de un compositor llamado Ricardo Wagner, que se dice «músico del porvenir», y que tiene la fe más constante en su buena estrella. Sobre su ópera se cuenta una curiosa anécdota.

Hace años ya, cuando M. Leon Pillet estaba al frente del teatro de la Grande Opera, un joven compositor que no había hecho nada todavía, se atrevió á presentar al autócrata una partitura de gran espectáculo que se titulaba: el *Navio fantasma*.

M. Leon Pillet recibió con mucha cortesía al joven, examinó su obra, y habiéndole llamado la atención el pensamiento poético que había desarrollado en ella, le dijo:

—Esta muy bien, amiguito mio; el argumento me agrada, pero es preciso arreglarle á la escena francesa.

—¿Cómo lo entiende Vd.?

—Sí, es preciso darle otra forma... mas claro, hay que hacer otra pieza.

—Corriente; si es cosa del libretto, Vd. mismo puede indicarme...

—Bien; mi amigo P. Foucher se encargará de arreglarle á mi gusto.

—¿Y la música?

—En cuanto á la música, si Vd. no lo lleva á mal, la compondrá M. Dietsch, el maestro de coros, un profesor de mucho porvenir...

El joven no quiso oír más, y se retiró profundamente conmovido con tales proposiciones.

Pero M. Pillet formó un gran empeño en poseer el libretto, y ofreció por él quinientos francos. El autor se hallaba en la miseria, y hubo de aceptar este dinero, firmando una renuncia formal á sus derechos sobre el título y la idea madre de la obra.

Inmediatamente M. P. Foucher y M. Dietsch se pusieron á trabajar en la refundición que había ideado el empresario.

Algunos meses después se puso en escena. El navio naufragó lastimosamente; á la cuarta representación libretto y música se sumergieron para siempre entre las olas.

Si el resultado de la operación de M. Pillet fué fatal al maestro de coros, en cambio los quinientos francos del empresario proporcionaron al joven autor los recursos suficientes para que pudiera consagrar todo un verano á la composición de una grande ópera, cuya idea había concebido hacia poco tiempo. En todo aquel estío nadie habló de él; retirado en una modesta casa de campo de Meudon, trabajaba á la sombra de los bosques. Al cabo de algunos meses los quinientos francos de M. Pillet se habían concluido, pero la partitura se hallaba terminada.

Hoy se está ensayando activamente en la Opera esta misma partitura, y M. Dietsch dirige en la orquesta su ejecución.

Tal es, según M. Giacomelli, la verídica y sencilla historia de Ricardo Wagner y del *Taunhauser*.

Otra novedad teatral hemos tenido estos últimos días en Paris, y es la *Dama de Monsoreau*, drama en cinco actos con un prólogo, por M. Alejandro Dumas y su inseparable compañero M. A. Maquet.

Un drama de Alejandro Dumas es siempre un acontecimiento literario, y aunque estas solemnidades no tengan hace tiempo el atractivo de lo desconocido, puesto que casi todos los argumentos de las últimas piezas del gran dramaturgo están tomados de sus novelas más leídas, sin embargo, no por eso el público deja de acudir presuroso al teatro, y los empresarios consideran cada una de ellas como una de las mejores fortunas á que les es dado aspirar. Esta vez el atractivo era mayor por la presencia del actor, que es la personificación más acabada del tipo principal de las novelas de Alejandro Dumas, y sin el cual los Artañan y los Chicot quizá no habrían tenido vida en el teatro. M. Melingue (tal es el nombre de este artista) ejerce una acción extraordinaria sobre el público, y ca-

da papel que representa, cada creación, como se dice aquí, le proporciona un triunfo merecido.

El nuevo drama ha obtenido un gran éxito. Como todas las obras de Dumas interesa desde el principio hasta el fin; abunda en situaciones dramáticas, y está escrito con gracia, facilidad y maestría. Naturalmente no entra en él todo lo que se lee en la novela; pero no se ha olvidado nada de lo principal, y es todo cuanto puede exigirse. El público aplaude estrepitosamente á Melingue, y el mismo Alejandro Dumas no ha podido resistir á la tentación de abandonar un momento las grandes ocupaciones que se ha dado en Nápoles para venir á Paris nada más que para aplaudirle.

Quizá nuestros lectores deseen saber qué es lo que puede hacer en Nápoles el fecundo novelista; la cosa es en efecto curiosísima y merece pasar á la posteridad en letras de molde y en todos los idiomas.

Alejandro Dumas publica un periódico que se titula el *Indipendente*, y en él da cuenta de todo lo que ha hecho y de algo de lo que piensa hacer; por consiguiente, nada más fácil que enterarnos de sus ocupaciones.

La víspera del día en que se puso en camino con dirección á Paris, publicó una extensa relación acerca del papel decisivo que ha desempeñado en la revolución italiana, de la cual se desprende que lo hizo todo.

No se puede suprimir nada de esta relación: es preciso copiarla íntegra.

«Si no se vertió sangre por las calles, dice, se debe principalmente á Liborio Romano y á mí.

Y como yo nunca afirmo nada sin tener pruebas irrecusables, léase lo que sigue:

Hé aquí lo que escribí con fecha 21 de agosto á Garibaldi.

Amigo mio: Tengo que escribir á Vd. largamente para hablarle de cosas serias: lea Vd. esta carta con mucha atención.

A pesar de mis deseos de reunirme con Vd., permanezco en Nápoles, donde creo que puedo prestar más servicios á nuestra causa.

Juzgue Vd. por lo que aquí hago.

Cada día se pone una nueva proclama, la cual sin llamar claramente á las armas á los napolitanos, los mantiene en su odio contra el rey.

Me vine dejando á Messina en comunicación con Salerno, donde el espíritu no puede ser mejor. Cuando el pronunciamiento de Potenza me avisaron que habían llegado cinco mil bávaros y croatas con el general Scotti á reprimir la insurrección; me adelanté al general Scotti, entré en Salerno, ví á los montañeses, les entregué sesenta escopetas, y puse guardias en diferentes puntos de los montes; los cinco mil hombres no pudieron pasar, y Potenza terminó en paz su movimiento, que se extendió casi por toda la Basilicata.

Más aun: viendo los bávaros que no podían atravesar las sierras y que en ellas estaban vendidos, me propusieron que desertarian con armas y bagajes por cinco ducados cada uno.

Cuando el doctor Weylandt, francés establecido en Salerno, venia á hacerme esta proposición, el almirante Persano se hallaba á bordo del *Emma*, y al oír aquellas palabras, Libertini, Salvat, Muratori y yo ofrecimos dar entre todos veinte y cuatro mil francos, es decir, la quinta parte de la suma.

Entonces dijo el almirante:

—No tengais cuidado por los otros ochenta mil francos; yo los daré de mi bolsillo.

Cuento pues con el almirante Persano.

Cien jinetes me han ofrecido esta mañana desertar con sus caballos sin condicion; desgraciadamente no puedo proporcionarlos medios de transporte.

Un joven de la ciudad de Salerno provocaba deserciones entre los bávaros; pero fué sorprendido y castigado con cien palos.

Dispongo pues de Salerno y de ocho á diez mil hombres en sus cercanías; si Medici, Menotti, Turr ó cualquier otro quiere desembarcar en ese punto, yo me adelantaré como parlamentario, y dentro de una hora soldados y ciudad será de usted.

Si no en Salerno, se puede desembarcar en toda aquella costa; nada importa el lugar, es tierra de patriotismo.

Por uno de los oficiales de tiradores del Rey he recibido la orden de no hacer fuego contra el pueblo; un joven llamado Bolognatti comunica con ellos y conmigo; en cuanto asome una camisa roja se pasarán todos.

Sobre esto de camisas rojas diré que un patriota napolitano me ha mandado paño para hacer cuatrocientas; y tengo catorce sastres á bordo que trabajan sin descanso con este fin al frente del palacio de Francisco II.

Pero aun no he dicho nada; lo más importante es esto, amigo mio:

Liborio Romano, el único hombre popular, la inteligencia y alma del gabinete, vino antes de ayer disfrazado á mi goleta, en vista de una carta que le había escrito. Ayer presentó su dimisión, como convenimos, y puede obrar como guste. Está con nosotros y nos promete uno ó dos de sus colegas... Hé aquí lo que se propone hacer en cuanto estalle el primer movimiento, que no puede tardar. Liborio Romano ó se retirará á un buque inglés, ó se irá con Vd.; pero de todos modos proclamará el destronamiento del rey y reconocerá á usted como dictador. Tiene de su parte al pueblo y á la guardia nacional.

En otro caso, si Vd. desembarca en el golfo de Policastro ó en el de Salerno, se asustará el rey de tal manera, que se marchará inmediatamente. Entonces le proclamarán prodictador y Vd. no tendrá más que presentarse.

Usted sabe que yo no pido nada para mí, excepto un permiso de caza en Capodimonte y la continuación de las excavaciones de Pompeya.

¿Quiere Vd. que toda la prensa, todos los artistas y todos los arquitectos den un grito de júbilo? — Pues no tiene usted más que mandarnos un decreto concebido así:

«En nombre del mundo artístico, se continuarán sin interrupción las excavaciones de Pompeya apenas llegue yo á Nápoles. — El dictador, Garibaldi.»

Yo hago lo que puedo, amigo mio, divulgando las grandes cosas que Vd. hace; le ensalzo porque le admiro, sin otro anhelo que el de conquistar su amistad.

¿Tengo más aun que decir á Vd.? No lo creo. Si Vd. me llama, saldré; si me necesita Vd. aquí, me quedaré...

Tres días después enviaba esta otra carta por el capitán Orlandini:

Amigo mio: Nápoles es de Vd... Venga Vd. sin perder un minuto: su nombre vale un ejército.

Si no temiera quitar á Vd. el placer de la sorpresa, le diría el discurso que dirigirán á Vd. á su llegada á Nápoles.

Mucha razón tenía el rey para quererme expulsar de la bahía de Nápoles... pero era demasiado tarde cuando lo intentó. — ALEJANDRO DUMAS.»

Hé ahí el famoso documento histórico que ha salido á luz en el *Indipendente* de Nápoles y sobre el cual todo comentario nos parece inútil. Hasta ahora la presencia del fecundo novelista en un país extranjero era solo temible por las impresiones de viaje á que daban lugar sus excursiones; pero en el día son otros los peligros: Dumas á bordo del *Emma* es capaz de acabar con la más sólida de las monarquías.

MARIANO URRABIETA.

Cacerías con halcon en Persia.

(Artículo tomado de una carta del comandante francés M. E. Duhouset).

El *vali* (segundo gobernador) del Kurdistan me convidó á una gran cacería con halcon en la llanura de Veramina, y habiéndome apresurado yo á aceptar el convite, partimos de Teheran el 12 de abril de 1860. Nuestra caravana merece una descripción.

Dos hombres á caballo abrían la marcha. El uno llevaba delante de su silla un tamboril para reunir en caso de necesidad á los cazadores y á los perros. Detrás de estos dos jinetes iba el *vali* acompañado de sus convidados, que eran un médico ruso, un médico inglés y yo. Luego seguían:

Cinco *cuch-tchis* ó halconeros que llevaban cada cual un halcon en el puño armado con un guante de cuero. De su silla pendían la percha del halcon y el plumero que agitan en el aire para hacerle volver á ellos. Según la costumbre, los halcones no habían comido desde la víspera y llevaban una capucha.

Cinco *tufenkdars* cada uno con una pareja de galgos, y con la escopeta y demás que necesita un cazador; pólvora, balas, perdigones, piedras, etc.

Un *kaliandar*, con provisiones de agua y lumbre para los fumadores, cilindros de carton que contienen la pipa de agua y sus accesorios, bolsas llenas de tabaco, un brasero colgado de cadenas y en el cual el movimiento del caballo mantiene vivo el fuego; el caballo del *kaliandar* está enseñado á llevar un paso de andadura que permite al que lo monta limpiar, cargar, encender y llevar á su amo, sin detenerse en el camino, la incómoda pipa de que jamás se separa el persa.

Un *abdar* plantado sobre la alfombra que debía servir de asiento, de mesa y de mantel; enormes bolsas de tapicería con los diferentes utensilios necesarios para la preparación y servicio de una comida, hasta el asador con que á veces se asa un carnero entero, le rodeaban por todas partes; además llevaba á la espalda con correas la bandeja del café, un gran quitasol, una copa de coco para sacar agua, y por último, en el cinto tenía las cucharas y una docena de bolsitas llenas de especias.

En fin, cerraba la marcha una larga fila de mulas cargadas de provisiones para muchos días, que se encaminaban directamente al lugar donde debíamos pasar la noche, sin seguir á los cazadores.

El primer día atravesamos Veramina para entrar en una llanura inculta y arenosa. Nada interesante tengo que señalar aquí. A la mañana siguiente comenzó la caza.

Una *hubara* (especie de avutarda) fué la primera víctima. Uno de los halconeros quitó la capucha al halcon que llevaba en el puño y le entregó á su amo, quien le sujetó sobre su mano cubierta con un guante por medio de una correa atada á una de las patas del animal. El halcon hambriento — no había comido nada hacia dos días — distingue su presa antes que el cazador; su mirada se clava en ella y agita su cuello. En cuanto el amo ve la caza, le da la libertad; el halcon parte como una flecha primero en una dirección horizontal, y luego se eleva con igual rapidez para dejarse caer sobre su víctima. Muy raro es que no acierte. Si no la mata con sus uñas, la atonta, la arroja al suelo, y sea cual fuere la resistencia que oponga no la suelta nunca. Aun antes de que haya espirado, la despluma y la devora agitando las alas con tal voracidad, que si no acuden pronto, se pierde no solo la caza sino el cazador, que una vez harto se niega á cazar, y además se gasta las alas pegando con ellas en la tierra. A veces es difícil coger al halcon. El halconero toma la precaución de ofrecerle un pedazo de carne, y protege sus alas colocando una rodilla bajo cada una de ellas; y luego le atrae hasta su puño por medio de un cordón de cuero.



CAZA DE GACELAS CON HALCON Y GALGOS, EN EL DESIERTO SALADO, CERCA DE TEHERAN.

Sin embargo, cada halcon reconoce á su halconero y hasta suele tenerle cariño; un halconero prodiga los mayores cuidados al animal que le está confiado y que constituye su orgullo. Le engalana con esmero; le cuelga al cuello amuletos de plata ó de nácar, y le pone cascabeles en las patas; durante el camino le habla tiernamente, y por último, concluida la caza, le humedece el pico, le pasa la mano por las alas y la cola y le felicita por su triunfo.

Después de las avutardas cazamos liebres; pero lo que deseo contar es la caza de la gacela.

Una vez señalados estos animales por los indígenas, cuya vista y oído son maravillosos, se acercan con mucha precaución para reconocer su número y la dirección que llevan. Sin embargo, las gacelas no tardan en sospechar el peligro que las amenaza; miden el espacio con sus claros ojos y luego se lanzan en el desierto. Su velocidad es tan grande, que cuando tienen mucho adelanto toda persecución es inútil; pero si han sido sorprendidas á una distancia regular, entonces sueltan al punto á los halcones y á los galgos. Nada nada mas interesante que este espectáculo que dura largo tiempo, pues las gacelas se muestran siempre dignas de su reputación, y á veces, cuando se ve que los galgos, que no cesan de correr, guardan siempre la misma distancia, hay que soltar otros que tienen de reserva en unos cestos... Por último, el halcon llega á las gacelas, y elige su víctima sobre la cual se arroja y que ya no soltará. La gacela cruelmente herida por las terribles garras que destrozan su delicado cuello,



CAZA DE GAMUZAS POR EL SHAH DE PERSIA.

espantada por los aletazos incesantes que turban su vista, trata en vano de liberarse de su implacable adversario. Sus fuerzas disminuyen á medida que crece su miedo; su carrera ya no es tan veloz; y los perros que la ven flaquear corren con mas furia. Ya llega el instante en que la muerden, y entonces cae vencida mas bien por la emoción y el dolor (pues el halcon suele devorarla los ojos) que por el cansancio. Los cazadores acaban con la víctima apartando á los que la han vencido.

Cuando por acaso el halcon renuncia á la persecución, llaman á los galgos, sobre todo si no hay reuelos, pues nunca alcanzarían á la gacela.

Tambien se ponen en acecho para esta caza; pero este modo no difiere mucho del que en Europa se usa. Lo único distinto es que á veces emplean camellos para las batidas, porque las gacelas no desconfían de esos animales.

Hicimos alto para almorzar en medio de un desierto cuya arena es tan menuda, que en cuanto se eleva la brisa mas ligera toda caza es imposible. Una vez tendida la alfombra, los cocineros se pusieron á trabajar con una destreza sorprendente. Algunas yerbas secas les dieron en algunos minutos la brasa necesaria para asar un cordero que habian traído vivo, y para calentar el arroz preparado en Teheran antes de la salida. Me obsequiaron con la parte mas suculenta de una liebre cogida aquella mañana, dando lo restante de ella á los perros. Los musulmanes jamás comen liebre; consideran que es impura su carne. Así en cuanto han cazado una liebre, desprenden la cabeza hasta la columna



ACOMPAÑAMIENTO DE LOS CAZADORES PERSAS.

Abdar.

Tazi-bahn; perros kurdos.

Coucht-chi.

Tufenkdar.

Kaliandar.

vertebral, pues creen que la purificacion no puede efectuarse si el tubo digestivo no ha sido completamente separado de la traquiarteria... » E. D.

Los agentes electorales en los Estados Unidos.

No faltan ciertamente en los Estados Unidos curiosos asuntos de estudio; pero uno de los mas notables se halla sin duda en las excentricidades de invencion á que recurren los partidos políticos en tiempo de elecciones. Conociendo su gente, sabiendo que tienen que habérselas con hombres preocupados ante todo de sus intereses individuales, y que difícilmente se conmueven con las cuestiones de orden general, los agentes electorales apelan á medios de accion parecidos á los que emplean los empresarios cuando quieren encomiar una mala comedia. La táctica produce buenos resultados. Echando una ojeada retrospectiva sobre la historia de las campañas presidenciales, se ven los grandes efectos que resultan de los llamamientos á la imaginacion y á la curiosidad de las poblaciones. Quizá todos los candidatos elegidos hace veinte y cinco años, han debido su triunfo mas que á sus principios, á sus talentos ó á su carácter, á la habilidad con que popularizaron su nombre ante las masas.

En manos de los agentes electorales el general Jackson se llama *Old Hickory* (el viejo nogal americano), y miles de voces responden á este apodo nacional. Para hacer triunfar la eleccion del general Harrison y de M. Tyler, levantan por todas partes cabañas de troncos de arboles, y el programa de la futura presidencia se cambia en estas palabras repetidas incesantemente: *Tippecana and Tyler too*. M. Polk acaso no habria triunfado si no hubiesen hecho de él un vástago de la antigua rama jacksoniana, añadiendo á su nombre casi ignorado la apelacion de *Young Hickory*. Taylor fué elegido seguramente no tanto por su mérito personal como porque le transforman en una especie de *petit caporal*; el pueblo aclama en él al viejo Zacarías (*Old Zack*), al proverbial *Rough and Ready* (duro y siempre pronto), quien aseguran dijo al comandante de artillería que hacia dis-

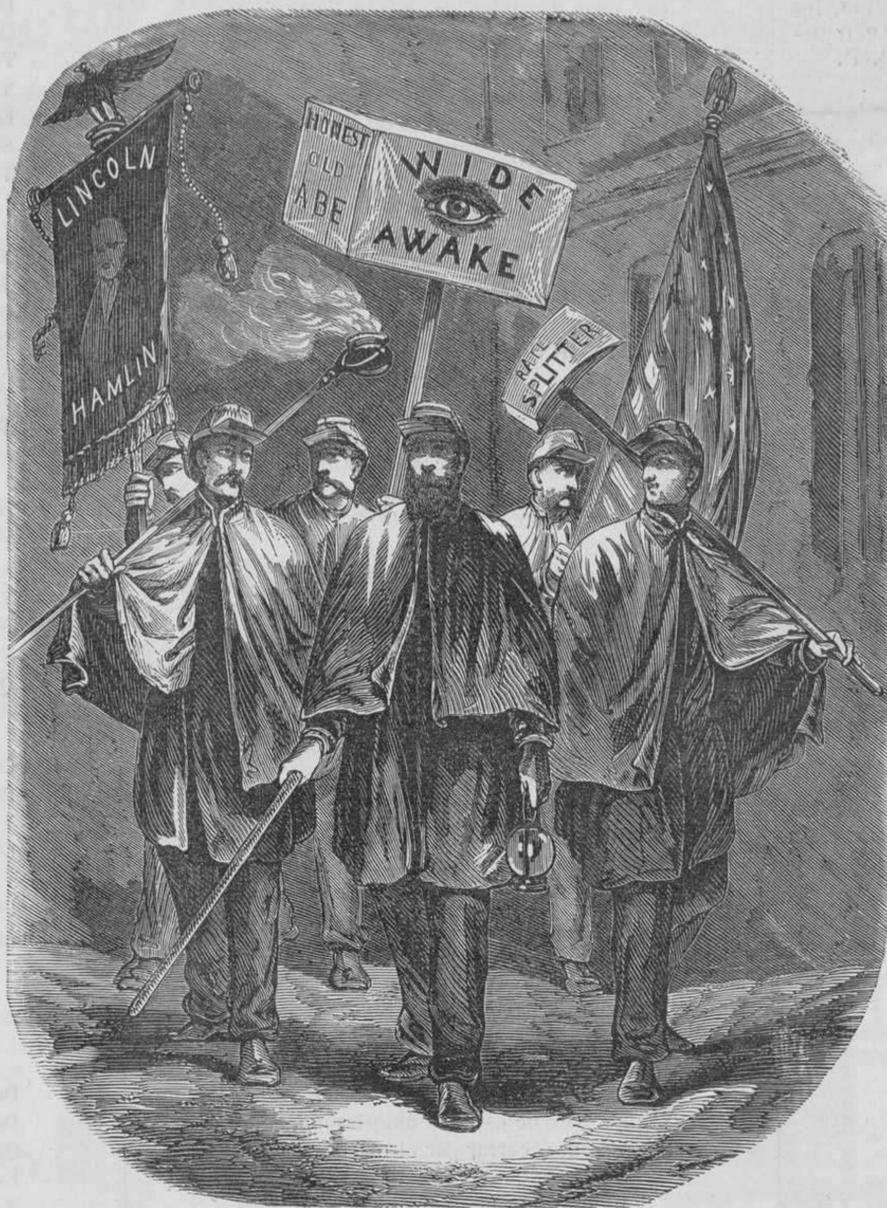
paros de metralla en Buena Vista: « *A little more grape, captain Bragg* » (otras pocas uvas, capitán Bragg). En tiempos mas recientes M. Buchanan vió la primera sílaba de su apellido convertirse en pre-texto de un equi-

voco cuadrupélico, y su candidatura simbolizada bajo la forma de un viejo gamo (*Old Buck*). — Lo que ha pasado en las últimas elecciones puede correr parejas con lo dicho.

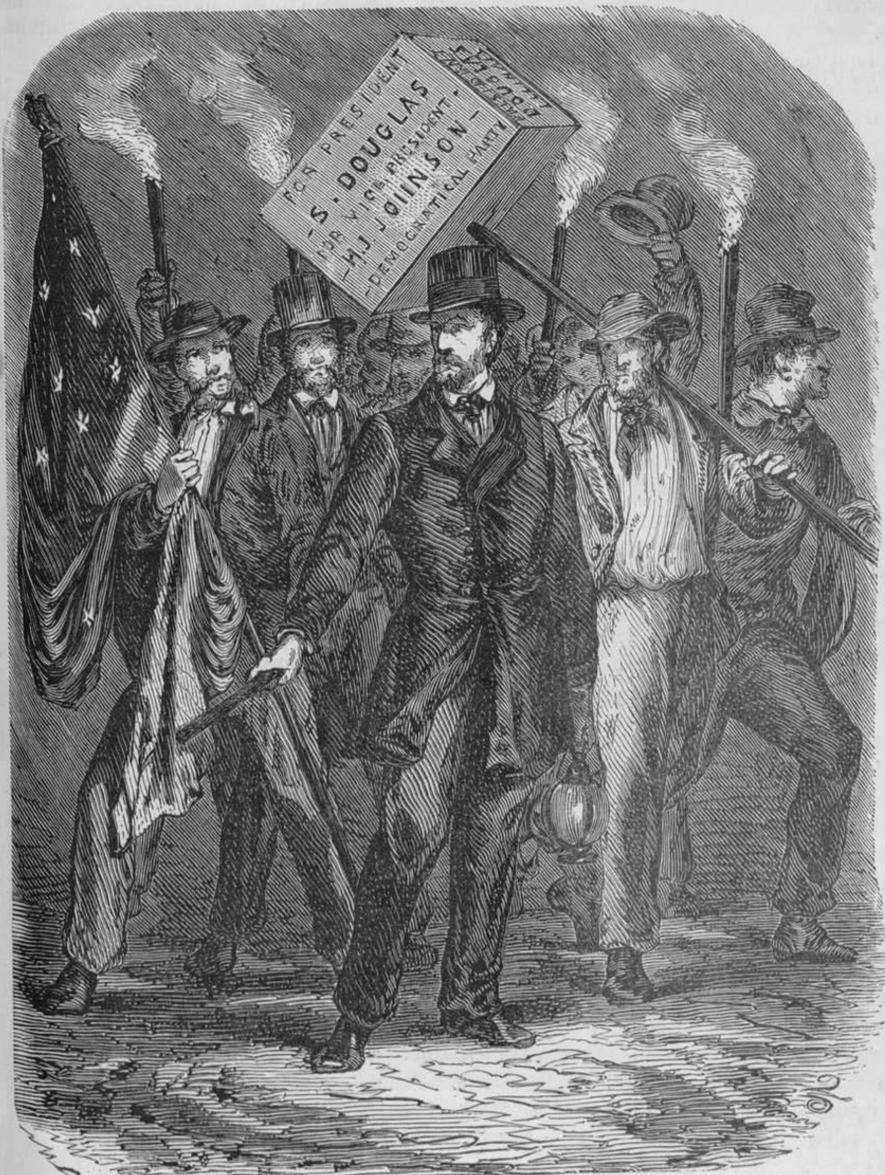
Al principio intentaron evocar en favor de M. Lincoln los troncos de árboles que habia desbastado en los tiempos poco dichosos de su juventud; apenas fué pronunciado su nombre por los electores de Chiago, cuando los agentes comenzaron á pasear en triunfo una estaca (*rail*), honrada en otro tiempo con los hachazos del futuro presidente de los Estados Unidos. La invencion tuvo al pronto alguna boga, y por todas partes asomaron cuadrillas de *rail-splitters* (hendedores de estacas). Pero la cosa estuvo á punto de caer en ridiculo y hubo que abandonarla. Sin embargo, como era de toda necesidad un estímulo cualquiera, imaginaron la organizacion de los *Wide Awakes* (los Bien Despiertos).

La idea existia ya en gérmen hacia algunos meses, habiendo nacido en el Connecticut cuando las elecciones locales de la última primavera. Una procesion con antorchas organizada por los republicanos habia tenido que luchar en la misma noche contra el mal tiempo y contra un ataque de demócratas irlandeses; la lluvia encontró á los paseantes sin defensa y los caló hasta los huesos, y la carga enemiga les cogió desprevenidos, y sin otras armas defensivas que sus antorchas apagadas. Para prevenir la repeticion de esta doble sorpresa y de otra derrota, un agente ingenioso imaginó una especie de uniforme propio para todas las eventualidades; una gorra de hule y un *cuello* de caucho desafiaban los caprichos de la atmósfera; la antorcha fué reemplazada con un *linter* puesta en la punta de un *garrote* que podia servir de arma defensiva si llegaba el caso. Esta combinacion fué adoptada por todos los agentes, y la organizacion se generalizó bajo el título característico de *Wide Awakes*.

En los últimos dias que precedieron á la eleccion, casi todos los clubs de la propaganda republicana formaron verdaderas compañías militares armadas y uniformadas como acabamos de decir. Un ejercicio regular les enseñó la igualdad en los movimientos, la obediencia á los jefes y el manejo del formidable garrote. De este modo



LAS ELECCIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS. — AGENTES DEL PARTIDO LINCOLN.



AGENTES DEL PARTIDO DOUGLAS.



AGENTES DEL PARTIDO JOHN BELL.

crearon á la vez un poderoso elemento de acción sobre la curiosidad pública y un ejército respetable, los jefes del republicanismo que han triunfado con el nombramiento de su candidato M. Lincoln. P. P.

El puff.

POEMA DISPARATADO EN GRADO HEROICO.

CANTO UNICO.

Vosotras, venerables nueve hermanas,
Que habitais hace siglos el Parnaso,
Y al aire dando las guedejas canas
A mil poetas les salís al paso;
Ninfas que vais por tardes y mañanas,
Montando en el aligero Pegaso,
A visitar al rubicundo Apolo
Por no dejarle abandonado y solo;

Venid en torno á mí; prestadme aliento
Porque corra mi pluma presurosa;
Todo un poema redactar intento
En verso fácil que parezca prosa.
Yo os pido proteccion; la pido atento
Por vuestra antigua doncellez dudosa:
Venid, mostradme las rugosas frentes
Donde brota el saber en claras fuentes.

No penseis sin embargo, que atrevido
A vuestros piés postrándome de hinojos,
Del grande inspirador la lira os pido
Para saciar mis míseros antojos.
Quiero instrumentos de mayor sonido;
Los vuestros son para mi objeto flojos;
Son por demás sonoros y sencillos,
Y yo prefiero bombos y platillos.

Si teneis un tambor y alguna trompa,
Y un cornetin de llaves resonante,
Prestádmelos tambien; la orquesta rompa
De manera que un sordo no la aguante.
Vayan muchachos con grosera pompa
En procesion gritando por delante,
Y mujeres, con ajos en las sienes,
Repiquen almireces y sartenes.

Con ronca voz y destemplado acento
Voy á cantar del *puff* la inmensa maña,
La excelencia, el poder, el grande asiento
Que altivo funda en la feliz España.
¿Qué fuera de nosotros, si al momento
Esta gran frase, aunque parezca extraña,
No extendiera su inmenso poderío
Dueña haciéndose y reina del vacío?

Sin el *puff*, sapientísimos varones
Que hoy pasan por la octava maravilla
Ocultos en sus míseros rincones,
No serian antorchas de Castilla;
Sin el *puff*, las busconas y buscones,
Que van buscando á ver lo que se pillan,
Ni pillarán, ni lucros obtuvieran,
Si á soñar lo que logran se atrevieran.

Es el *puff* un incienso pegajoso
Con que algunos atufan mil narices;
Magnífico escabel del ambicioso
Que quiere prometérselas felices;
Es cera de algun Icaro famoso;
Es el barniz mejor de los barnices,
Con el cual mas de un tonto y mas de un pillo
Adquieren lustre, y esplendor y brillo.

Es trompa de la fama vocinglera;
Cebo del vulgo que con fe le admirará;
Tránsito rápido, fácil escalera,
Y capa vergonzante de mentira,
Es crédito y fortuna de un cualquiera;
Es joya de valor que un hombre tira,
Y la tira tal vez de gozo lleno
Porque muchos la guarden en su seno.

Es en fin, por decirlo de corrido,
La desmedida y pública alabanza
Que el hombre que pretende hacer ruido
Con diestra mano hácia el espacio lanza.
Es el modo de ver si un apellido
Gloria y fortuna y porvenir alcanza:
Este es el *puff*; si os gusta conocerle,
Atended, que en acción voy á ponerle.

Apenas á la noche negra y fria
El claro amanecer ledo destierra,

Y apuntando va el sol del nuevo dia
Que llena de esplendor cielos y tierra,
El héroe de quien hablo, en su ufanía
Ya está dispuesto para darnos guerra,
Cercado de diabólica cohorte,
Pronto á invadir las calles de la córte.

La primera guerrilla con que topa,
El que atine á mirar bien lo que pasa,
Es una especie de ligera tropa
Que impávida penetra en toda casa.
No os hurtará el dinero ni la ropa,
Pues es gente que nunca se propasa;
Antes bien, y por un derecho módico,
Recien impreso os dejará un periódico.

Si el periódico amigo es del gobierno,
Ya el *puff* en vuestra casa se ha metido;
Puff titánico, eterno y sempiterno,
Curioso, variado y divertido.
Lo que en otros diarios es infierno,
Vereis en esté en gloria convertido;
Gloria do solo á vislumbrarse alcanza
Prosperidad, sosiego y bienandanza.

Mas si es de oposicion el tal periódico,
Dirá por el contrario en su porfia,
Que el caido es tan solo quien metódico
Puntales al tesoro pondrá un dia;
Su gobierno será siempre el mas módico,
Mas pujante, mas lleno de hidalguía,
Y hasta que aquel de su color no mande,
Jurará que el pais no ha de ser grande.

De este modo á impacientes ambiciones
Sirve el *puff* manejado en grande escala,
Y se elevan muchísimos varones
Que debiéranse ir en hora mala;
Con tal *puff*, las políticas fracciones...
Mas noto que mi pluma se resbala,
Y huyo pues de ese *puff* amostazado,
Echándome á correr por otro lado.

Si no estoy confundido, me parece
Os dije que en Madrid amanecía,
Y que el *puff* al instante se aparece
Invadiéndolo todo en su ufanía;
En cada esquina al punto se establece,
Y en carteles y anuncios, á porfia,
A todos los que estén un poco atentos
Les cuenta maravillas y portentos.

Ya es uno que llevado de una idea
Filantrópica, humana y compasiva,
Ofrece su asombrosa panacea
Con grande instancia; y porque el mundo viva,
Y no haya enfermos, y la gente vea
Su ciencia y caridad, hasta se priva
De reposo, y os brinda con su auxilio
Gratis yendo á curar á domicilio.

Verdad es que al haceros su visita
Solo os cobra la droga que os receta,
Y que humano al momento os facilita,
Si vale un real cobrando una peseta;
Mas esto (¿á qué gruñir?) esto no quita
Que la gente sencilla, y aun discreta,
Del empirico admire la bambolla
Y él viva con su *puff* y con su embrolla.

Con estrépito anuncia otro pedante
Que descubrió el continuo movimiento;
Este él círculo cuadra; el otro, amante
De las ciencias, el alto firmamento
Se dispone á cruzar; se hace incesante
El decir y anunciar tanto portento,
Y resulta despues que no hubo nada
Mas que el *puff* y una broma muy pesada.

Este enseña el inglés en tres lecciones,
Como el otro á escribir en solo un dia;
Aqueste el porvenir de las naciones
Nos anuncia en insulsa profecía;
Otro inventa seis mil combinaciones
Para darnos la dicha en lotería;
Y resulta de un *puff* tan repetido,
Que ni enseñan ni dan lo prometido.

Me direis que del *puff* mas elevado
He venido á parar al *puff* grósero;
Mas todo en este mundo está mezclado,
Y no voy á volver á mi tintero
La tinta que el papel ha emborronado.
Por esto, y además porque no quiero
Tachar renglones, en mi empresa sigo,
Aunque digan que es tonto cuanto digo.

Digo pues, que ya el *puff* en nuestra tierra
De tal modo se extiende y entroniza,
Que todo el militar que fué á la guerra
Torna hecho un Cid de la sangrienta liza,
Y el hablador que á su opinion se aferra
Es Ciceron que el vulgo diviniza,
Si el primero echa plantas de valiente
Y el segundo de sabio y elocuente.

Si no tiene algun médico clientela,
Ni defensas que hacer un abogado;
Si un artista de buena ó mala escuela
Oscurecido vive y olvidado,
Háganse cuenta que murió su abuela;
Alábense con gracia y desenfado,
Y verán como el *puff* portentoso hace,
Y aun al mas ambicioso satisface.

A manera de pobre fuentecilla
Que impaciente se torna en arroyuelo,
Y luego cobra en su bordada orilla
Nuevo caudal que fertiliza el suelo,
Y despues nos aturde y maravilla,
Pues de arroyo se trueca en riachuelo,
Y mas tarde en soberbio y ancho rio
Que hunde sus brazos en el mar bravío,

Así el *puff* va creciendo en ocasiones
Con mansedumbre y humildad fingidas,
Prestando inmerecidas ovaciones
Y robando ovaciones merecidas.
La modestia, entre tantos relumbrones
Ve sus luces robadas y extinguidas,
Porque del *puff* la avariciosa fuente
Apagándolas va con su corriente.

He dejado hasta aquí de propio intento
De hablaros del gran *puff*, del *puff* mas vario,
Del *puff* de mas trastienda y mas talento
Que vamos á llamar *puff* literario.
Este *puff* colosal, este portento,
Se asemeja á un inmenso campanario
Do repican campanas y esquilonas
A todas horas y en diversos sonos.

Cuando un autor á quien el mundo aclama
Piensa un drama escribir, ya de corrido
Se dice: «Don Fulano escribe un drama
Que con furor veremos aplaudido.»
Escribe tres escenas, y la fama
Repite: «Don Fulano ha concluido
Un acto;» le termina, y ya son cuatro
Cual no se vieron nunca en el teatro.

Piensa Juan escribir una novela,
Y su mérito ya pregona el mundo,
Porque á Pedro su dicha le desvela,
Y el tal Pedro es amigo de Facundo;
Facundo es periodista, Pedro vuela
Con Juan, en pos del escritor fecundo,
Y consiguen... mas quiero dos renglones
Dedicar á las pobres Redacciones.

El triste periodista sin ventura,
Que de insaciable suscriptor esclavo
Le ha de dar cada dia la lectura
De un tomo cuando menos en octavo;
Respirando do quier el aura impura
De un *puff* y de otro *puff*, sucumbe al cabo,
Pues aunque viva siempre sobre aviso,
Hay momentos de apuro y compromiso.

Si falta original ¿cómo se niega
A servir á un *puffista* impertinente,
Que á todas horas sin cesar le ruega
Que en un suelto le aplauda y le comente?
¿Cómo vivir en sempiterna brega,
Si el otro le asegura que en su mente
Hirviendo está la inspiracion divina
Con que Dios á los sabios ilumina?

Fuerza es ceder; por eso á cada instante
Sale un genio precoz á la palestra
Con talento y con ánimo arrogante
Puffeándose á diestra y á siniestra.
¡Atencion! el imberbe petulante
Ha empezado á escribir la obra maestra;
¡Viejos estultos! ¡sabios majaderos!
¡Descubrios! ¡abajo los sombreros!

Moda es tambien en mas de un literato
Suspender las mas graves narraciones
Para pasar con el lector un rato
En cómodas y amables digresiones;

Su objeto es declarar que tiene trato
Con duques y marqueses y barones,
Y añadir que le surte el sastre Utrilla
Y el mejor sombrerero de la villa.

Si sale á pasear, siempre va en coche;
Tutéanle el ministro y el banquero;
Frecuenta un gran palacio, y por la noche
Cien jóvenes le van al retortero;
Una le da una cita, otra un reproche,
Mas él dice: «esta quiero, esta no quiero;»
Porque al fin es tan guapo como ingrato,
Y ahí va para probarlo su retrato.

Tez morena, nariz algo afilada,
Bigote fino, cabellera hermosa,
Frente serena, altiva y despejada,
La figura elegante y desdénosa;
Guante blanco, la bota charolada,
El traje negro, la postura airosa,
Y otras prendas que omite el literato
Por no hacer enfadoso su retrato.

De este modo se explica en sus artículos
Y se ocupa de sí, como si fuera
Mayor lauro; y con estos adminículos
Mas gloria y mas prestigio se adquiriera.
Si esos perfiles son ó no ridículos
Venga Dios y los mire; pero fuera,
Allá en cien pueblos, gente hay que se pague
De este puff y otros mil, y se los trague.

Yo conozco en Madrid una persona
Que escribiendo revistas de la villa,
Aunque oculta su nombre, lo pregonaba
En ellas de una suerte muy sencilla;
Se firma con seudónimo y abona
A mansalva cualquier menguada obrilla
Que á un tiempo con su nombre ha publicado
(Y este sí que es dualismo declarado).

Por último, la gente se puftea
Y logra con su puff lo que apetece;
El hombre que el escándalo desea
Se ve que al punto cual la espuma crece;
No hay vanagloria que parezca fea;
Todo aquel que á sí propio se enaltece
Y se ocupa del número primero,
Se suele colocar en candelero.

Esto prueba que el puff tan arraigado
Se ve ya por escrito y de palabra,
Que el templo de la fama está vedado
Al que torpe sus puertas no se abra.
Quien no grita, estará predestinado
A ver que nadie su fortuna labra.
Estamos en el siglo de las luces
Y es fuerza conquistar lauros y cruces.

Lluevan pues los sonoros adjetivos,
Haya epítetos grandes y copiosos,
Admiraciones, puntos suspensivos,
Y paréntesis largos y curiosos;
Empleen á granel superlativos,
(Pues del puff son recursos poderosos),
Los que por medios y caminos tales
Pretenden convertirse en inmortales.

Que yo en tanto del puff la grande historia
Cantaré confundido en el coro;
Si me es posible aumentaré su gloria
Y á todos mostraré que es un tesoro;
Levantaré una estatua á su memoria;
Su nombre escribiré con letras de oro
Y pediré, para mayor ejemplo,
Que el mundo entero le edifique un templo.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

LEYENDAS DE UN ALMA TRISTE.

(Continuacion.)

LA ÚLTIMA CARTA.

Antes que la fiebre cerebral se hubiera desarrollado
llegando al estado agudo, Otilia había llamado á su
abuela y la dijo: «Siento la mano de la muerte; á mi
corazon ha llegado su frio: la sangre me ahoga, y las
cuerdas del cerebro las sacude con violencia la fiebre.
Creo que toco á las últimas horas de la vida; le he
jurado á mi padre no volver á ver al príncipe Nicolás;
he prometido olvidarlo ó morir... Abuela, tú que co-
noces la pureza y lealtad de tu hija, sabes que cum-
pliré mi promesa... pero como voy á morir, quiero decir-
le adiós: dame papel y esa pluma con que tantas veces
le he escrito los delirios de mi corazon.»

La abuela puso en las manos de su nieta el papel y
la pluma.

La niña quiso incorporarse en el lecho, y tres veces
cayó desmayada sin poderlo hacer.

— ¿Será posible, Dios mio, que no me dejes tener ni
ese consuelo? dijo deshecha en lágrimas.

Abuela, las sienes se me parten; tengo dolor en el
corazon; no veo... abuela, abre las ventanas... la luz
del dia... déjame ver la luz del dia para escribir el úl-
timo adiós de mi vida.

Otilia tenía la cara encendida como una amapola;
sus manos abrasaban; su respiracion era difícil; abría
los ojos para ver, pero la fiebre los cerraba, y el delirio
los movia incesantemente. Pero la voluntad del alma
enamorada, como sobre las tempestades pasean las águ-
ilas, pudo con el delirio, y con el dolor, y con la fiebre,
y con mano firme trazó sobre el papel, casi borrando
con lágrimas al mismo tiempo que escribía, estas pa-
labras:

« Príncipe Nicolás, amor mio de mi alma:

» Voy á morir... no hay remedio... cuando recibas
» esta carta, encomiéndame á Dios. Tú has llenado de
» amargura los dias de mi triste vida... pero yo te he
» amado con todo mi corazon... y te amo al morir...
» tu amor me mata... perversa marquesa... ¡ay!... no
» la perdono.... adiós, Nicolás, adiós, hasta la eter-
» nidad.

» OTILIA. »

Acabado de escribir rogó á la Virgen María; y en la
fuerza del delirio le dijo á la abuela:

— Toma ese papel, abuela de mi corazon; cuando yo
muera llévaselo al príncipe Nicolás; y estas flores que
me dió su mano antes de ayer, riégalas en el sepulcro
de mi pobre madre; abuela, júrame que cumplirás mi
ruego, le dijo la débil enferma estremecida por la fie-
bre, pálida, con las manos suplicantes y con la cara
como las vírgenes misteriosas y purísimas de Ober-
beck.

La abuela prometió solemnemente á su nieta cum-
plir su voluntad, y aquella era la carta que acababa de
entregar al príncipe, antes de llamar al ministro de
Dios que habia de administrar á Otilia los últimos
consuelos de la religion.

COGIDO EL LOBO POR LA CABEZA EN LA TRAMPA DE HIERRO.

El príncipe Nicolás leyó aquella carta aturdido: cien
veces volvieron á repasarla los ojos, saltándose de las
órbitas.

— ¡Es imposible, Dios mio! ¡Es imposible! decía
tembloroso, dando vueltas como un loco en la habita-
cion. — Tú, que antes de anoche, arrodillada delante
de la Virgen, le pedías á Dios por la paz de mi espí-
ritu... ¡Tú, que secabas con tus sonrisas benditas mis lá-
grimas! ¡Tú, que eras la estrella que serenaba mis
tempestades! La única esperanza de mi vida, tan pura
como un ángel, á quien mis labios jamás besaron sino
con la ternura del hermano, ¿no existes ya?... ¡Es im-
posible! ¡No puede ser!... Dios no querrá condenarme
al odio, á la desesperacion del maldito y á los crímenes
del asesino... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ampárame, con-
cluyó diciendo aquel hombre á quien ninguna adver-
sidad habia vencido nunca; á quien ningun pesar ha-
bia quebrantado; á quien los remordimientos de su
pasada vida sacudían en vano, porque parecia fundido
en el crisol del hierro... Y volvió á leer la carta, be-
sándola mil veces, y apretándola contra su corazon...

Es verdad... exclamó de nuevo, yo he llenado de
amargura tu vida; para tí mi amor ha sido tan puro
como el que le tengo á mis hijos ¡pobre niña!... pero
yo no debí haber puesto en tus ojos los ojos de mi alma
desgraciada... ¡Dios me perdone!... ¡Tú, al morir, me
perdonas!... ¡Ay! ¡cuándo podré yo perdonarme á mí
mismo! ¡Nunca, miserable corazon! dijo desgarrán-
dose el pecho, como la fiera rompe la carne de la víctima
moribunda... ¡Ahora, ahora no hay mas allá! volvió á
decir, quedándose como el mármol en medio de aquel
salon tantas veces testigo de su amor tan inocente, de
las puras sonrisas y de las conversaciones sencillas y
nobles de la desgraciada Otilia...

Es imposible, volvió á exclamar leyendo de nuevo
la carta. — ¿Y la marquesa?... ¡Infame mujer!... Mi
corazon presagiaba al verla frente de mi balcon la ter-
rible desgracia... su sonrisa era de sangre... ¡tal vez
entonces esperaba la víctima!... ¿cuál habrá sido su
golpe?...

El príncipe se volvía loco; la habia visto por la ma-
ñana moribunda en brazos de Hércules. ¿Era aquella la
venganza del desesperado padre? Por la noche recibía
la carta de Otilia. La abuela, al dársela, le dijo: « Ot-
ilia no volverá nunca. »

En aquella lucha de dudas, el príncipe dejó su habi-
tacion y precipitadamente, por la fatal puerta del jar-
din, se dirigió á la casa de Hércules. Llegaba desaten-
tado, sin saber lo que buscaba ni á lo que iba, cuando
el ministro del Señor que salía, le dijo solemnemente:

— Príncipe Nicolás, en esta casa no puede Vd. en-
trar; acaba de espirar una infeliz criatura, que es
vuestra víctima: atrás, príncipe Nicolás; deja llorar al
desgraciado padre sobre el cadáver de su hija.

El príncipe abrió los ojos; oyó atónito la voz del mi-
nistro; inclinó la rodilla; besó humildemente su vene-
rable mano, y entró de nuevo por la puerta de su jar-
din, abierta aquella noche de par en par.

¡Qué leccion tan terrible!... del alma de aquel hom-
bre se apoderó el demonio del dolor, que sacudia sin
piedad las alas de su corazon enfermo, sin esperanzas
ni creencias, y desde aquel momento sin ningun vín-
culo en la tierra.

LOS ANGELES VIVEN SIEMPRE.

Otilia cerró los ojos á la luz de la vida, como las tu-
berosas plegan sus blanquísimas hojas heladas por el
frio, y caen amarillas y muertas sobre el flexible y de-
licado tallo.

Sin conocimiento, inmóvil, sus ojos azules se fueron
cerrando, fijos siempre sobre la frente angustiosa de su
afligido padre; una mano tenia apretada convulsiva-
mente, la de la triste abuela, otra la del pobre ha-
ñero.

Pocos momentos antes de morir, como si en medio
de la carpologia tuviera un recuerdo, entre dientes dijo
á la abuela:

— ¿Y la carta de Nicolás?...

— Está entregada, respondió la triste vieja.

La niña juntó las manos sobre el pecho, y volvió los
ojos moribundos á su padre, en ademán de perdon.

El ministro del Señor la bendijo en aquel momento,
y como un lirio roto por el huracan, la vírgen inclinó
al lado del corazon la cabeza, dando el último suspiro.

Hércules la tenia entre sus brazos, estrechándola
convulsivo.— ¡Dios mio! exclamó entonces; solo tú eres
digno de ella, recíbelas en tu eternidad.

El ministro del Señor le cerró los ojos, húmedos del
santo óleo, y á su lado piadosamente rezó el solemne
salmo de David: « De las profundidades clamé, Señor;
Señor, oye mi voz. »

Hércules lloraba á la cabecera de la vírgen: la añosa
abuela mojaba con sus lágrimas los piés de la niña, cre-
cida en su regazo y nutrida en las ternuras de su co-
razon.

Tambien lloraban el traperero y Damian: y su madre,
con alelías blancos y azahares, tejía una corona para
la frente de la vírgen; aquella alma tan dura, enterne-
cida, trezaba flores humedeciéndolas con lágrimas de
sus ojos.

LA SUERTE DE LOS MALOS.

Mientras en la casa de Hércules batía sus alas la
muerte, en la casa de la marquesa la vida esparcía su
aliento.

Recobrada la razon, tranquilo el espíritu, en calma
el sistema nervioso, la enfermedad tocaba á su tér-
mino.

La mujer, que fué casi cadáver al salir de las olas del
mar, estaba ya haciendo recuerdos, aunque quebran-
tada por los grandes esfuerzos y la abundancia de agua
que habia tenido que tragar al luchar en lo profundo
con la muerte.

— El bañero me ha abandonado en medio de las olas,
dijo al recobrar el conocimiento; queria asesinarme;
es necesario que lo sepa la justicia; es necesario casti-
gar al criminal: es preciso echarlo del establecimiento
de los baños y á su madre y á su hija.

— ¡A su hija! repitió el doctor con tristeza, es inú-
til; acaba de morir esta noche.

La marquesa sin poder contener la turbacion, repi-
tió: ¿Esta noche?

— Sí, esta noche ha muerto, dijo con solemnidad el
médico.

— ¿Y cómo ha sido esto? preguntó la marquesa.

— Un profundo disgusto, que no he podido penetrar,
excitó su sistema nervioso; la fiebre atacó el cerebro;
me llamaron mientras os asistia; no quise abandonar-
los, y cuando he ido ya era tarde... y fui para decirle
á su padre que se preparase á verla morir.

Una sonrisa maligna plegó la boca de la infernal
marquesa; el amarillo verdoso del delito cubrió su fi-
sonomía, y satisfecha de su venganza, quedó medita-
bunda reconcentrando todas sus ideas en el príncipe
Nicolás.

EL CADAVER DE OTILIA.

Toda la noche estuvo expuesto en la pequeña sala de
la casa de Hércules; el padre, inmóvil, la custodiaba
como el ángel de la guarda... ¡infeliz! ¡qué dolor tan
profundo tenia su corazon!

El príncipe Nicolás lloró tambien toda la noche, le-
jos de la princesa Zeneida y de sus hijos. Encerrado en
la casa de la calle de San Remy, sus dos fieles servido-
res le acompañaban silenciosos; aquel hombre malo
habia perdido su único ángel, y aquellas eran las úl-
timas lágrimas que debia llorar en la vida.

La marquesa cerraba los ojos al sueño tan bárbara-
mente tranquila, que parecia saborear la ruina y el
dolor de los otros, alegre con la muerte de la pobre
Otilia. — Mio es su corazon, decía sonriendo, así como
cuando el tigre, despues de despedazar la presa, pasa
la lengua por su hocico húmedo y manchado de sangre.

A las siete de la mañana del 8 de setiembre de 1859,
los enterradores llevaban el cuerpo de Otilia á San
Remy.

La ceremonia fúnebre se celebraba con humilde sen-
cillez, los compañeros de Hércules rodeaban el féretro,
y todos los vecinos de la calle de Sigogne, la mujer del
traperero y su hijo Damian rezaban por su alma fervo-
rosamente.

En la nave de la derecha hacían oración dos extranjeros vestidos de negro: el uno tenía los ojos arrasados de lágrimas; el otro, de raza africana, mulato de color, estaba inmóvil, siguiendo los movimientos de la fisonomía de su amo.

Los sepultureros levantaron el ataúd para colocarlo en el carro fúnebre: el extranjero se acercó y fijó en él los ojos, adonde se asomaba el alma desesperada.

— Genaro, le dijo al africano, sigue ese cuerpo; es lo único que amo sobre la tierra: por la noche necesito que esté en la sala de la calle de San Remy; todo el oro de mis arcas doy por ese cadáver.

— Estará esta noche en donde se sentaba en las horas de su vida.

El carro fúnebre lo llevó al cementerio; á las nueve de la mañana el cura rezó el último responso, y lo enterraron los sepultureros á dos metros de profundidad.

Genaro derramó sobre la tierra que lo cubría sus últimas flores, y allí se quedó haciendo oración.

LAS DIEZ DE LA NOCHE EN EL CEMENTERIO.

A medio kilómetro de la ciudad de Dieppe, sobre una eminencia, está el cementerio. Lo rodea un muro de vara y media de alto, y le sirven de entrada dos puertas de hierro que el sepulturero cierra á las ocho de la noche.

Nichos de todas especies lo adornan; y junto al monumento espléndido del rico, está la cruz humilde del pobre; pero á donde faltan mármoles hay una ternura indefinible expresada con un lenguaje sencillo, el más expresivo é inocente.

Las flores están hablando dolor sobre la mayor parte de las sepulturas: un amante ha sembrado al pié de la cruz de su querida una yedra que se enreda piadosa por los brazos de este símbolo de redención y de fe.

Otro, en cada ángulo del sepulcro de su bien perdido, sembró una margarita, y en el centro un rosal blanco.

Un amigo, siempre vivas amarillas y tomillos olorosos.

Un hermano, claveles rosados.

Un padre, cuatro cipreses y un sauce.

Una madre, en lo interior de un magnífico sepulcro, deja escrito: «A la memoria de un ángel.»

Y luego: «Aquí yace Angelina: murió de 15 años y 4 meses. — 1848.» — Y detrás de la Virgen de mármol que acompaña el eterno sueño, dos palabras: «Consuelo y esperanza.»

Al lado de este sepulcro y frente de otro que tiene escrito en sus frentes:

«Monumento elevado por el reconocimiento público, mientras aguarda la gloriosa resurrección, al cuerpo que reposa aquí de Pedro Antonio Dondement, cura de Santiago, que murió de 47 años en 29 de octubre de 1843.»

Se sepultó el cadáver de la pobre Ottilia.

A las diez de la noche el cementerio estaba desierto,

y los alrededores como el cementerio. Solo la lechuza, con su aspecto taciturno y meditador y su quejido estridente, interrumpía el silencio de las tumbas; el aire movía con timidez las ramas de los árboles, y las flores embalsamaban el ambiente.

Entre la cordelería que hace vecindad al cementerio y el camino real, no había un alma, ni pasaba nadie, porque era tarde.

Habían sonado las diez de la noche, cuando un landó con dos caballos se detuvo frente la parte más baja de la tapia del cementerio; el criado del príncipe Nicolás, acompañado de otro hombre saltaron del coche que se alejó rápidamente, y que al dar las doce volvió á colo-

el cementerio; los túmulos estaban intactos, y sobre la losa de Ottilia las mismas flores y las mismas coronas colocadas al pié de la cruz por la mano de los amigos de Hércules y los vecinos de la calle de Sigogne.

LA MUERTE DEFIENDE SU PRESA.

Eran las dos de la noche del día 9 de setiembre de 1859, y la luna serena alumbraba el espacio azul, y la mar apenas movía sus ondas de plata por donde rielaba su rayo melancólico. Las estrellas, como brillantes, tachonaban el firmamento; la brisa suavemente impelia

la velita negra de la barca del modesto marinero, que llegaba de hacer su pesca en las costas de Inglaterra.

A lo lejos, allá en el límite de la playa, la luz del faro indicaba al navegador la entrada del puerto; el castillo, como un gigante viejo, estaba sentado sobre las rocas, que parecían cortadas á filo de hierro. El establecimiento de los baños, que retrataba en su cristalería las luces del cielo, como el palacio de una encantadora, levantaba majestuoso sus cúpulas octogonas.

Los jardines de la playa silenciosos; las calles de la ciudad desiertas; los diques del puerto cerrados; en ninguna parte había claridad; solo de vez en cuando el ladrido del perro y el saludo de los pájaros de las playas del Norte que pasaban protegidos de las sombras, buscando abrigo en el Mediodía, á la proximidad del invierno, interrumpían el silencio de aquella noche tranquila.

Solo en la calle de Sigogne, al través de los cristales de la ventana que daba al jardín del príncipe Nicolás, se veía brillar la luz de una lámpara; y para quien estuviera acostumbrado á oír de lejos, se apercebían, apagados por la distancia, los gemidos de un nombre que lloraba.

Dieron las tres, y de par en par se abrió aquella ventana.

— Genaro, necesito todo el aire de la noche para que respire mi alma; siento una brasa de fuego que me quema sin cesar el corazón;

tengo el último dolor de la vida. ¿Has traído ese cadáver? preguntó el príncipe al africano revolviendo sin cesar los inquietos ojos.

— Sobre tu lecho descansa, dijo lentamente y con pesadumbre el leal criado.

El príncipe sintió frío, y el temblor convulsivo sacudió sus músculos.

— Bien, retírate; sí, retírate.

El africano, obediendo las órdenes de su amo, se retiró; pero fué á sentarse inmóvil en un rincón de la habitación adonde estaba tendido el cadáver, á cuya cabecera ardían diez velas en un gran candelabro que llenaban de luz la alcoba, pero que no podían alumbrar la oscuridad de la que tenía que dormir hasta el



ASCENSION AL MAR DE HIELO. — LÁMINA COPIADA DEL ALBUM DEL VIAJE DE SUS MAJESTADES.

carse en el mismo sitio; apenas se habían detenido los caballos, cuando de la parte interior del cementerio se descolgaron los dos hombres que habían entrado á las diez, llevando el africano entre sus brazos un gran bulto envuelto en los pliegues de su ancha capa, lo colocó en el interior del coche, y como un relámpago el carruaje cruzó el camino; al llegar á la calle de Sigogne se detuvo en la puerta del jardín del príncipe.

Genaro bajó el bulto que introdujo en el jardín: la calle volvió á quedar envuelta en la oscuridad y en el más profundo silencio, y la casa del príncipe como un sepulcro.

Por la mañana, los enterradores al abrir los nuevos hoyos no encontraron señal ninguna de violación en

dia del juicio eterno. El príncipe Nicolás llegó pausadamente; la cabeza caída sobre el pecho; el alma de aquel hombre parecía que desprendida de su cuerpo volaba por la región impenetrable de la nada; pero en su vuelo solitario derramaba lágrimas en el espacio infinito del consuelo.

Las lágrimas de los hombres de corazón son como las gotas de sangre que brotan en el tormento de las heridas de los mártires.

El príncipe Nicolás alzó la frente y fijó los ojos en el cadáver de Otilia.

— Atrás, gritó con su silencio de sepulcro y de fuerza irresistible, la eternidad de la muerte; atrás, gritó la descomposición irremediable; atrás, con su frío de hielo, sin ese calor que tiene hasta el agua de los mares, y que en la nieve de los Alpes, si se buscara la encontraría la ciencia, porque el calor es la vida; atrás, con ese matiz sin carácter, que no es el de la formación de los gases, sino el principio de descomposición de la muerte; atrás, le gritó la horrible severidad de la nada; atrás...

Y el príncipe cayó de rodillas delante del cadáver... ¿Y era aquella la hermosísima virgen? ¿Debajo de los párpados caídos y de la aureola negra que los rodeaba, estaban los ternísimos ojos azules? ¿Y aquella boca espumosa, mojada de amarillo, donde los labios se habían vuelto tan blancos como las perlas que atesoraban, era la boca que sonreía con la dulzura celestial de los ángeles? ¿Y aquellos cabellos secos y desgredados eran las undosas trenzas tan envidiadas? ¿Y aquellas mandíbulas, y el cuello, y los brazos, y las piernas tiesas y la ligera cintura, como una barra de hierro, era la flexible y esbelta naturaleza de aquella hermosura, tan admirada en la vida? ¿Quién no se pierde meditando en esta transformación extraordinaria? ¿Qué sabio penetra en el misterio profundo de la muerte?

Ese es el límite de las lágrimas; el límite de las alegrías; el límite de las esperanzas, el de las ilusiones y de las vanidades locas...

Y si el magnetismo y la electricidad dan sacudidas á los músculos separados del cuerpo, y lo permite la materia de la muerte, el ensayo es de momentos; porque el descarnado ángel de los sepulcros disputa á brazo partido la presa de su imperio: y ó momiamiza el cadáver, ó convirtiéndolo en podredumbre, se rie con desprecio de los delirios ridículos de la sabiduría pobrísima del hombre.

El príncipe Nicolás, de rodillas delante de aquella muerta, veneraba humilde los juicios de Dios, y en su inmenso dolor despertaba por la primera vez del sueño de embriaguez y de incredulidad en que su cuerpo había vivido siempre sin fe ni religión.

El príncipe, allí de rodillas, había despertado á la creencia; y sin valor en los ojos para mirar la muerte,

había encontrado allí en su pena extrema, la luz con que Dios iluminaba la noche de la desesperación de su alma, que arrepentida, rogaba humildemente buscando en la orfandad amparo.

— ¿Eres tú, mi pobre Otilia... alma del alma mía? dijo besando con profundo recogimiento la helada frente de aquel cuerpo de nieve; ¡perdóname en la eternidad! ¡perdóname, bendito ángel!

¡Dios mío! tú que ves en lo íntimo de mi corazón, sabes la pureza con que la amé en la vida; á tí que ves el fuego del dolor que me está consumiendo, después de su muerte te ofrezco, Señor, mi existencia, y al pie de tu altar lloraré mi arrepentimiento hasta que me

EL AMO DE CASA ES EL ULTIMO QUE SABE LO QUE PASA.

— ¿Cuándo vuelve padre? preguntaban á la princesa Zeneida sus dos tiernos hijos, interrumpiéndola en la lectura de los Evangelios que cada noche hacía al acostarlos.

— En el tren de las once debe llegar de Rouen.

— Lo mismo nos dijiste anoche, respondieron los niños: entonces lo aguardaremos hoy.

— ¿Habeis de estar despiertos hasta esa hora, hijos míos?

— Sí, madre; hace tres días que no lo vemos, y ayer

tuve un sueño terrible, dijo el mayor, que me causó miedo y lloré mucho... y desperté á mi hermano.

— ¡Un sueño!... dijo pensativa la princesa; el sueño de los niños suele ser la realidad; ¡y qué terrible es la realidad de la vida! Y á los ojos de aquella mujer sin alma asomaron las lágrimas.

La princesa continuó leyendo el Evangelio de san Mateo.

Los niños, unas veces interrumpiéndola, otras adormecidos y otras asomándose á la ventana, aguardaban inquietos á su padre.

A las once el príncipe Nicolás entró en el Hotel Real.

¿Qué esposa ni qué hijo puede adivinar lo que pasa en el espíritu de un marido ó de un padre que tiene cerrados los oídos á toda pregunta, las puertas del corazón á todas las expansiones y los labios á todas las confidencias?

Las acciones que no se dicen no se saben: los pensamientos que no se revelan, son como no nacidos y viven incesantemente en el alma que los guarda. Un sentimiento revelado es como el perfume de una flor derramado al aire: una idea guardada en el rincón de la memoria, alimenta la vida y vive siempre...

Los que cuentan sus emociones y los sucesos de su vida son como los filtros por donde se pasa el agua: la divina transparencia y la sustancia cristalina y fresca se pierde, y solo conserva el filtro el depósito de partículas cenagosas.

El alma que cierra sus emociones, la cabeza que oculta sus proyectos, y el hombre discreto que no tiene los labios en el corazón, viven con mas vida que los demás mortales.

Y el que se hace superior al amor propio de contar sus dichas ó desgracias, es superior á los otros.

El silencio es de oro, la palabra de plata: y no hay mayor dignidad que la dignidad de tener cerrados los labios.

Mirando y callando se tienen concentradas continuamente las fuerzas del espíritu: y fortaleza cuya defensa es desconocida, es difícil de tomarse por el enemigo.

La vida silenciosa que no está á los ojos de los otros vivientes es una gran vida.

La del príncipe Nicolás era así; en él los sucesos pa-



ASCENSION AL MAR DE HIELO. — LÁMINA COPIADA DEL ALBUM DEL VIAJE DE SUS MAJESTADES.

llame tu voz al reino de la eternidad. El príncipe, de rodillas delante del cadáver, oró el resto de la noche y todo el día siguiente. El contacto del aire había hecho intensa la putrefacción de aquel cuerpo: la palidez se había convertido en manchas cárdenas y verdosas; la boca derramaba espuma sanguinolenta: los ojos se secaban: el cutis amarillo y trasparente, donde la sangre descompuesta se convertía en podredumbre, comenzó á dilatarse por toda la región que ocupaban las entrañas.

¡Ay! á las nueve de la noche del día siguiente, el fiel criado separó á viva fuerza del lado de Otilia al príncipe Nicolás, y lo dejó á la orilla del mar, volviéndose á la calle de Sigogne para llevar de nuevo el cadáver á su humilde sepultura.

saban como en el mar los rayos del sol, á perderse sin señal en el infinito de las ondas azules.

Al entrar en la sala, los dos niños se echaron á su cuello.

Zeneida le tendió la mano. El príncipe besó su frente y estrechó entre sus brazos dulcemente á los niños.

La princesa miró sobresaltada las facciones del príncipe.

— Nicolás, ¿vienes enfermo?

— Padre, tus manos están frias como la nieve, le dijeron los niños.

— Hijos míos, mi viaje ha sido malo, muy malo.

Los niños estrechaban sus infantiles y calientes mejillas á las manos frias de su padre para darles calor.

El padre les echó una mirada dolorosa de gratitud y les bendijo enternecido.

— Zeneida, ya es tarde... acuesta á tus hijos. La madre colocó en sus camitas los buenos niños, y con ellos rezó la oración del ángel.

Aquella era la primera vez que la princesa había sentido la pena del príncipe Nicolás.

Era el presentimiento que al señalar la víctima, había tocado con la punta de sus alas el corazón de aquella mujer, tantos años madre fria, y esposa indiferente de aquel hombre, á quien la desgracia había hecho á golpes crueles duro y fatal, sin esperanza ni creencia.

¡Ay! ¿porqué llega tan tarde el consuelo?... ¿porqué comienza la experiencia cuando la vejez matiza de nieve las negras trenzas de la cabeza, ó cuando el tardío paso nos acerca á los bordes del sepulcro?... ¿quién puede penetrar los designios de la Providencia?

CUANDO NO HAY REMEDIO, SE HABLA CLARO.

Después que los niños se entregaron al sueño, el príncipe llamó á su esposa.

— Zeneida, le dijo: no sé qué gran desgracia presente mi corazón: cuando me casé contigo te amaba con toda mi alma; te fui fiel mientras me fuiste fiel... la primera mancha que cayó en el tálamo nupcial señaló el último momento de mi dicha, y aburrido de todo, desde aquel momento mi existencia ha sido un mar de luchas espantosas y de sucesos, que si los supieses erizarían tus cabellos. Tú rompiste sin piedad las alas de mi espíritu; pero desde entonces, desconsolado, sin creencias y sin consuelos, se ha arrastrado sin aprensión por el lodo del mundo: todo lo he apurado, todo... la última gota de amor que me quedaba ha pasado las envenenadas telas del filtro de la vida: no espero nada; tú has muerto para mí... ¿y mis hijos? mis hijos llegan á mi corazón á desconsolarlo mas; á todos os tengo lástima; y me odio á mí mismo hasta el hastío...

Por un momento la voz del Señor Dios resonó aquí dentro; le ofrecí llorar al pie de su altar con mi arrepentimiento, tanta culpa y tanta desgracia. Pero vuelvo á sentir el hielo en el alma; no tengo fe, ni esperanza, ni creencia alguna; no tengo nada, nada...

Zeneida miraba atónita al príncipe: sus ojos no podían llorar, porque los había secado el adulterio; sus labios no podían ofrecer consuelos, porque el pensamiento deseaba la viudez, para gozar de la vida sin ningún valladar.

Sin embargo, la princesa con profundo miedo vió en la cara de su esposo la señal de la determinación tomada.

— Aquí está mi testamento, continuó diciendo el príncipe; aquí las cuentas de tu casa; aquí tus caudales; aquí una carta, que cuando no vuelvas á verme leerás á mis hijos, si mañana no despertara del sueño; adios para siempre, Zeneida.

— Nicolás, despertarás, le dijo la princesa meditabunda retirándose conmovida; aquella criatura, sin ser una mala naturaleza, había sido el veneno que había inoculado el estrago en el cuerpo y en el alma de aquel infeliz.

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Se concluirá.)

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

Hablamos de cosas mas ó menos indiferentes y de la isla de las Indias occidentales que su ex-gobernador no parecía dispuesto á olvidar. Pregunté á miss March si la gustaba aquel país.

— ¡Oh! Nunca le he visto; mi padre tuvo que dejarme en el país de Gales... el país de mi pobre madre. ¿Conoceis el país de Gales, M. Fletcher? ¿Os gustan las montañas?

Y se entregó al placer de decirme cuánto la gustaban á ella.

Yo me pregunté si no era una hada de esos Alpes de la Inglaterra. Tanto me hechizaba el oír y el mirarla, animada por el recuerdo de sus impresiones infantiles.

Al retirarse con su padre que se apoyaba en su brazo, se volvió de repente y me dijo:

— ¿Queréis algunos libros, M. Fletcher?... Los días deben pareceros bien tristes y largos sin vuestro amigo.

Acepté con gratitud, y en breve me traje ella misma cinco ó seis obras que me dejó para elegir aquella que mas me sedujera por el título.

Una vez que hice mi elección, nos dimos las buenas noches. Miss March, volviéndose hácia mí, añadió:

— Todos mis libros están á vuestra disposición... y de vuestro amigo.

Cuando John volvió á casa, le informé de todo lo que había pasado. Me escuchó sin hacer la menor observación, pero toda la noche la pasó sentado hojeando los tomos de miss March.

El día siguiente no parecía el mismo; estaba meditabundo; se quedó en casa con los ojos fijos en su libro, en vez de pasearse por el campo, como lo tenía de costumbre.

Al medio día se dejó llevar hácia los árboles, donde el arroyuelo, le dije yo, no dejaría de hablarle como á mí... pero ¡ay! para él estuvo mudo.

Luego le llevé por un camino que había descubierto en un prado en declive, donde había algunas huertas con árboles cargados de manzanas. Bajo uno de esos árboles vimos una mesa preparada para el té.

— Esto sí que es campestre, dijo mi amigo; me gustaría que me convidaran á tomar el té... pero ¿con quién?

— Con forasteros sin duda; las gentes del país prefieren comer y beber dentro de sus casas. No me sorprendería que fuese un antojo de M. March.

— No habléis así, Phineas, es un anciano.

— Tampoco hay motivo para reñir; no diré nada contra él, tanto mas cuanto los veo á los dos que vienen de la casa.

Eran ellos, en efecto, que se dirigían hácia el campo en donde estábamos nosotros.

— Es inútil que tratemos de escaparnos, dije yo á John.

— Ni yo tengo tales intenciones, me respondió adelantándose á encontrar al padre y á la hija.

Miss March alzó los ojos á él y le saludó sonriendo. Creí que todo se limitaría á esa sonrisa y á la respuesta cortés aunque confusa que dió mi amigo; pero M. March se detuvo diciendo:

— ¿M. Halifax?...

John se inclinó.

Se miraron un instante, el uno erguido y robusto, el otro lánguido, enfermizo, encorvado antes de tiempo.

— Tengo que daros muchas gracias, dijo M. March; y me pareció ver en su mirada una expresión que me recordó el aire pensativo con que se había vuelto cinco años antes para mirar á John.

— A la verdad, caballero, no son merecidas. ¿Os sentís mejor?

M. March respondió afirmativamente; mas la figura de John le interesaba tanto que se olvidó de quejarse.

— Mi hija me ha dicho que érais nuestros vecinos; me felicito de tener vecinos tan amables. Querida mía, continuó bajando la voz y con aire triste, creo que si tu pobre hermano Walter hubiese vivido, se parecería mucho á M....

— M. Halifax.

— M. Halifax, vamos á tomar el té bajo estos árboles; es una idea de mi hija, apasionada á todo lo campestre; ¿queréis hacernos el obsequio de acompañarnos, vos y vuestro amigo?

Debo confesar que la segunda invitación no fué hecha sino en respuesta á una mirada de miss March.

Aceptamos. Yo no tenía envidia al verme reducido á representar un papel secundario siempre que John aparecía en escena.

Muy luego nos hallamos establecidos bajo el manzano, por entre cuyas ramas los rayos del sol en el oca-so doraban con su reflejo la cabellera de la jóven, en tanto que echaba el té en unas tacitas de porcelana.

Miss March llevaba aquella tarde un vestido de muselina blanca adornado con un ligero bordado, y en el talle se había prendido un ramo de rosas tan frescas, que parecían recién cortadas.

Nos dijo que Jack la había robado en nuestro dominio para ofrecérselas (¡dichoso Jack que podía hacerlo!) y nos pidió que perdonáramos el hurto.

John la respondió, no sin balbucear un poco, que todas nuestras flores estaban á su disposición.

Se había sentado enfrente de ella; yo estaba á su derecha y observé que aunque los modales eran siempre afables y francos, lo eran quizá algo mas conmigo que con él.

John conversó gravemente con su padre mientras yo hablaba con ella, pero se veía que miss March no perdía una sola palabra de lo que estaban diciendo; por lo demás, eso no me extrañaba, pues cuando John quería, ¿quién era capaz de hablar mejor que él? Y no es porque fuera brillante en su discurso; la palabra no era en él ni una ciencia, ni un arte, ni un talento, sino el medio natural de expresar sus ideas. Elegía siempre las expresiones mas claras y sencillas; no hablaba sino cuando tenía alguna cosa que decir, y una vez dicha, sabía callarse.

Ahora bien, el saber callar es una virtud muy rara á los veinte años.

Hablamos sobre todo del país de Gales, que John había visitado muchas veces durante sus viajes, lo cual pareció disminuir un poco la reserva y la timidez que miss March no podía menos de sentir cuando se hallaba en su presencia.

La jóven nos contó algunas anécdotas de su infancia, que había pasado en aquel país confiada á una institutriz de quien conservaba un recuerdo filial; apenas había conocido á su «pobre madre.»

— Niña, le dijo su padre con un tono un poco agrio, quizá harías bien en olvidar un poco á miss Cardigan, pues pronto te olvidará ella... está para casarse.

— ¡Silencio, padre mio! eso es todavía un secreto. ¿Conoceis el pueblo de Norton-Bury, M. Halifax?

Esta pregunta que John no se esperaba, le hizo estremecer; pero apenas tuvo tiempo para responder afirmativamente, pues M. March repuso al punto:

— Detesto ese pueblo. Los primos de mi mujer, los Brithwood de Mythe-House, con quienes he tenido... ¡hem! ¡hem!... varias contiendas sobre política, viven ahí... y además, un día estuve para ahogarme en el Saverne.

— Por Dios, no habléis de eso, padre mio, exclamó miss March con un aire tan agitado, que no observó cómo se había sonrojado mi amigo; pero él no dijo una palabra y yo hice otro tanto.

— Pues yo, añadió la jóven, nada tengo que decir contra Norton-Bury; aun creo que me gustaba bastante, si no me es infiel la memoria.

— ¿Habeis estado en Norton-Bury?

La pregunta era bien sencilla, pero la mirada de John y la suave inflexión de su voz me extrañaron soberanamente.

— Sí, tenía entonces unos doce años; pero hablemos de otro asunto que mas agrade á mi padre. Estoy segura de que se encuentra aquí perfectamente; escuchad el arrullo de las palomas en el bosquecillo de hayas.

Yo la pregunté si conocía ese bosque.

No; no conocía ni las misteriosas sombras, ni los tortuosos senderos, ni los matorrales esmaltados de flores; hasta el arroyuelo cuyo débil murmullo podíamos oír desde el punto en donde nos hallábamos, la era enteramente desconocido.

— No sabia que hubiera un arroyuelo tan cerca de nosotros; yo casi siempre me he paseado por la altura, añadió sonriendo; y luego se sonrojó como si se hubiese avergonzado de aquella sonrisa.

Nosotros nada respondimos.

Después de tomar el té, M. March se instaló cómodamente en su sillón y nos dejó que habláramos. Yo tampoco tardé en contentarme con el papel de oyente, cuando John y miss March se pusieron á hablar mas familiarmente, gracias á la influencia de aquel lugar campestre y solitario, donde todas las formalidades de la etiqueta parecían borrarse por sí para dar lugar á las que prescribe la franca naturaleza.

Todavía estábamos juntos cuando principió el sol á declinar hácia el ocaso.

Miss March se levantó diciendo:

— Mucho me gustaria ver el arroyuelo con su hermoso murmullo. (John la había hablado de la apacible influencia que el arroyuelo ejercía en mí durante mis largos días solitarios.) Quisiera saber lo que á mí me dice. ¿Se puede oír desde aquel campo?

— No muy bien, respondí yo; mejor seria ir hasta el bosquecillo.

Yo sabia que esta proposición agradaría á mi amigo, aunque no fuera bastante franco para apoyarla. Pero sea que miss March fuese mas franca que él, sea que ella no tuviese razones para dejar de serlo, lo cierto es que aceptó con gusto mi proposición.

— Con vuestro permiso, padre mio, no estaré mucho tiempo ausente, dijo miss March. ¿Me acompañais, M. Fletcher?

— Y yo me quedaré con M. March, para que no esté solo, repuso mi amigo volviéndose á sentar.

¿Porqué obró de aquel modo? ¿porqué nos siguió tan atentamente con la vista mientras bajábamos el prado y penetrábamos en el bosquecillo? Esto es lo que yo no podia explicarme.

Miss March caminaba junto á mí hablándome con una benevolencia exenta de toda cortedad. Todas las mujeres que he encontrado en el curso de la vida me han tratado de la misma manera; todas me han demostrado la confianza y la simpatía de hermanas, lo cual ha compensado hasta cierto punto la existencia solitaria á que me había condenado el cielo... Ninguna, desgraciadamente debía ser mas que una hermana para mí.

Sin embargo, observaba con placer á aquella jóven que andaba alegre y risueña, hablando de todo cuanto encontraba al paso, y disfrutando de todo cuanto veía. Tambien me habló de mí y me preguntó, con su bondad acostumbrada, qué es lo que hacia todo el día, y si muchas veces no estaba muy triste por hallarme tan solo.

— Yo tambien estoy triste muchas veces, añadió, ó mejor dicho, lo estaria si tuviera tiempo para ello; es muy penoso no tener hermanos ó hermanas.

— Por mi parte, no he pensado en eso.

— ¡Ah! vos tenéis vuestro amigo. ¿Y M. Halifax no tiene hermano ni hermana?

— No; se encuentra solo en el mundo.

— ¡Ah! exclamó la jóven con aire compasivo arrancando una flor silvestre. Parece que os queréis mucho. — John es un hermano, un amigo, es todo para mí en este mundo.

— ¿De veras? Muy bueno debe ser; y lo parece, añadió con aire pensativo. Creo, segun he oído decir á menudo, que los hombres buenos son muy raros.

No tuve tiempo para decir nada sobre este punto, pues ví llegar á mi amigo ganando terreno, y se excusó diciendo que M. March le había enviado.

— ¿Eso no quiere decir que habeis venido á pesar vuestro? preguntó miss March; seria una triste lisonja para este precioso bosquecillo.

Y los ojos de la jóven tenían quizá una expresión un tanto maliciosa.

— Me prometo, miss March, que mi presencia no es desagradable para vos.

Y se sonrió con una sonrisa tan graciosa que toda la altanería del jóven desapareció al instante.

— He corrido un poco para advertiros que llegaba, porque he oído pronunciar mi nombre; ¿qué terribles revelaciones os hacia mi amigo acerca de mi persona?

Hablaba alegremente, pero yo vi pintada cierta inquietud en sus ojos.

— Me vienen ideas de no deciroslo.

— ¡Cómo! ¿A pesar de mis ruegos?

Tenia un aire tan grave, que ella no pudo menos de responder:

— M. Fletcher me decía tres cosas; la primera que sois huérfano y no tenéis pariente ninguno; la segunda que no tiene un amigo mejor que vos, y la tercera... supongo que tengo que decirla, pues nunca disimulo yo la bondad; la tercera, que sois bueno.

— ¿Y vos qué deciais?

— Que ignoraba la primera, que habia adivinado la segunda; y en cuanto á la tercera... (John la miraba con ansiedad) en cuanto á la tercera, que no lo ponía en duda.

John se sonrió en fin al oír estas últimas palabras y luego se puso á caminar delante con miss March. Mi amigo terciaba naturalmente en la conversacion, mientras que iba cediendo la palabra; pero oía todo cuanto decian, y los contemplaba y los admiraba siguiéndoles con la vista.

¡Amado bosquecillo, sin igual para mí en el mundo! Era pequeño, muy pequeño, pues en la parte mas sombría se podian distinguir los rayos del sol que bañaban las ramas de los árboles. Era un bosque nuevo, compuesto enteramente de abetos de Escocia y de hayas de corteza tierna. No se veía un solo tronco rugoso ó agujereado por el tiempo. Todos se elevaban nobles y elegantes como las esbeltas columnas de la nave de una catedral. John hizo observar todo esto á miss March, que al oírle se sonreía graciosamente. Yo jamás le habia visto en compañía de una mujer, y me extrañaba mucho el refinamiento de su lenguaje y las ideas poéticas que revelaba. Olvidaba esta verdad, emitida no sé por quién, que al menos una vez en la vida, cada hombre sabe ser poeta.

Nos habíamos detenido cerca del arroyo. John hizo notar á miss March que su onda brotaba de la fuente donde iban á beber las vacas, y que despues de haber atravesado el bosque bajaba al fondo del valle formando una ancha corriente.

— Pequeñas causas suelen producir grandes efectos, dijo miss March con mucha seriedad.

John la respondió con una sonrisa, y tomando agua en la mano se puso á beber. La jóven imitó su ejemplo; luego cogió una hoja grande, formó una especie de copa que logró llenar de agua, y elevándola á la altura de mis labios exclamó con alegría:

— Rebeca en la fuente; bebed.

John la miró.

— Yo tambien tengo sed, la dijo.

La jóven vació un instante; pero al fin llenó la copa rústica y se la presentó. ¡Pienso que para él contenía un brevaie mas sutil que aquella onda pura y fresca!

Luego entrambos se quedaron silenciosos oyendo el suave murmullo del arroyuelo. ¿Qué les decía? lo ignoro; sé únicamente que no les decía, que no les podía decir lo que á mí me decía.

Cuando nos despedimos de nuestros vecinos, M. March se mostró sumamente cortés.

— Señores, nos dijo, vuestra compañía me será siempre muy agradable así como á mi hija.

— Mi hija, siempre mi hija, exclamé yo cuando se hubieron retirado; quisiera saber su nombre.

— Creo que se llama Ursula.

— ¡Ah! ¿cómo puedes saberlo?

— He visto su nombre escrito en uno de sus libros.

— Ursula, repeti, preguntándome dónde y cuándo habia oído pronunciar ese nombre; es un bonito nombre.

— Muy bonito.

Cuando John se contentaba con servirme de eco, parecíame que lo mejor que podia hacer era callarme.

XIII.

El día siguiente llovió sin cesar un momento. El otoño parecia adelantarse, pues durante algunos días no tuvimos mas que viento, lluvia y tormentas. El cielo estaba oscurísimo; al caer la tarde, sin embargo, un vapor rojizo se elevó por encima de Nanneley-Hill como para darnos una idea de lo que habian podido ser las tardes del mes de setiembre al ponerse el sol.

John iba todos los días á Norton-Bury; parecia estar inquieto, agitado, aunque no por eso dejaba de atenderme y de cuidarme; pero cuando la noche estaba adelantada le oía salir para ir á pasearse por la altura. Yo ardía en deseos de seguirle, pero conocia que era mejor no hacerlo.

El sábado por la mañana en el momento en que entraba en la sala, le oí preguntar á Mrs. Tod cómo estaba M. March. Sabíamos que habia estado indispuerto toda la semana y no le habíamos visto una sola vez, como tampoco á su hija.

Mistress Tod meneó la cabeza con sentimiento.

— Muy malo está, respondió, peor que nunca; su hija pasa en vela la mayor parte de las noches.

— Ya me lo figuré; he visto luz en su ventana.

— ¡Dios mio! ¿Os vais á pasear de noche por el cerro? Es muy malo para vuestra salud, exclamó la buena mujer que no trataba de ocultar á Halifax que era su huésped favorito, despues de miss March.

— Muchas gracias por el interés que me mostrais, repuso mi amigo sonriendo; pero decidme, Mrs. Tod, ¿no se puede hacer nada por ese pobre enfermo?

— ¡Ay! Nada absolutamente.

— Si mas tarde empeora, advertídmelo, y saldré á buscar al doctor Brown. Yo me quedo hoy en casa.

— Se lo diré á miss March, exclamó la buena mujer, retirándose con un aire muy inquieto.

— Creía que tenias que ir hoy á Norton-Bury.

— Así lo habia pensado... pero como no tengo nada urgente que despachar, puedo quedarme. Habeis estado tan solo todos estos días... y además, quiero ser franco, tengo otra razon.

— ¿Puedo saberla?

— Ciertamente. El doctor Brown á quien he encontrado esta mañana me ha dicho que su enfermo no tenia mas que algunos días de vida... algunas horas quizá... y ella no lo sabe.

Y al decir estas palabras se apoyó en la chimenea; estaba muy conmovido y yo no lo estaba menos.

— ¿Y sus parientes? Deberian llamarlos.

— No tiene ninguno, ya se lo ha dicho al doctor Brown. Sus mas próximos son los Brithwood y nada hay que esperar de ellos.

— Es verdad; un jóven y una jóven que pasan por las personas mas ligeras, mas orgullosas y soberbias de todo el condado.

— Sin embargo, Phineas, no quiero que tomeis tanta pena; al cabo y al fin son unos extraños... venid y almorzaremos.

Pero John no pudo almorzar; se veía que le absorbía un pensamiento único.

— Phineas, me dijo de repente, creo que está muy mal en un médico el tener miedo de decir á un enfermo que se va á morir, y que está peor aun el dejar á sus parientes en la ignorancia de esta desgracia hasta el último momento. Se debería advertir á miss March que puede tener algo que decir á su pobre padre. Dios la socorra. Pero es preciso que esté un poco preparada á recibir el golpe que de otro modo podria matarla.

Se levantó y comenzó á pasearse muy agitado. En breve, dejando toda reserva, se mostró muy preocupado con la triste posicion de miss March. Las ilusiones que habia podido forjar su ardiente imaginacion se desvanecian ante la solemne imágen de la muerte.

Por fin se detuvo como tranquilizado por lo que habia podido leer en mis ojos que no habian cesado de seguirle.

— Veo, Phineas, que estais tan afligido como yo: ¿qué podemos hacer? Olvidemos que son personas extrañas y obremos como cristianos, ¿no pensais que debemos prevenirla?

— Sin duda; bueno seria que hubiera una consulta.

— Es inútil. El doctor Brown dice que es un caso desesperado hace tiempo, pero que M. March ni lo quiere creer, ni quiere hablar de ello á su hija. ¡Pobre jóven!

— Mas piensas en ella que en él.

— Sí, respondió con firmeza. El está cogiendo lo que ha sembrado; Dios sabe que le compadezco muchísimo. ¡Pero ella!... ¡inocente y bondadosa como un ángel!

Era evidente que de un modo ú otro habia obtenido noticias sobre el padre y la hija; pero no era aquel el momento de hacerle preguntas, pues los gemidos del enfermo, del moribundo quizá, llegaban hasta nosotros. Mrs. Tod que acababa de acompañar al doctor Brown hasta la puerta volvió á la sala; estaba pálida y tenia los ojos rebosando lágrimas.

— ¡Oh! ¡M. Halifax! exclamó.

Y la buena señora comenzó á sollozar; John la dijo que se sentara.

— Estoy con ellos desde las cuatro de la madrugada...

¡Pobre M. March!... Yo no le queria mucho cuando vivia, pero ahora me desespero al verle moribundo.

— ¿Su hija sabe que se muere? pregunté yo.

— No; y tampoco me atrevo á decírselo; nadie se atreve.

— ¿Lo sospecha siquiera?

— Ni por asomos. ¡Pobre criatura! Jamás ha visto un moribundo, y no cree que su padre está hoy peor que ayer. ¡Es una jóven tan afectuosa, tan buena para su padre!

Guardamos silencio un instante, y luego John repuso en voz baja:

— Mistress Tod, es preciso advertírselo, y nadie mas que vos puede hacerlo.

Mistress Tod retrocedió espantada ante aquella triste mision.

— ¡Si Tod estuviese en casa, él que habla tan bien, que sabe tanto en cosas de religion!...

— Creo, dijo mi amigo interrumpiéndola, que una mujer puede cumplir mejor con tan triste deber; pero ya que os repugna y que no hay nadie aquí para este apuro... me parece... es decir, creo...

Se detuvo un instante y al fin añadió:

— Si quereis, yo la hablaré.

Mistress Tod se confundió en darle gracias.

— ¿Cómo podria verla? Mas valdria que fuera como por casualidad.

— Yo lo arreglaré, repuso Mrs. Tod; la casa está muy quieta; he mandado á otra parte á todos los niños excepto al pequeño... este la consolará un poco despues... ¡pobre jóven!

Y la buena Mrs. Tod nos dejó enjugándose los ojos.

Nada pudimos hacer aquella mañana.

Hasta por la tarde la lluvia caía á torrentes, pero nosotros no pensábamos mas que en lo que pasaba dentro de casa, en el cuarto de aquel enfermo donde reso-

naban débiles gemidos, y de donde salía de tiempo en tiempo Mrs. Tod á darnos noticias cada vez mas alarmantes.

Ya era casi de noche cuando llegó á decirnos que M. March se habia dormido, y que al fin habia podido decidir á su hija á que bajara á la cocina á tomar una taza de té junto á la lumbre.

— Ahora podeis ir, M. Halifax, pues apenas se quedará cinco minutos.

— Allá voy, respondió John poniéndose muy pálido. Phineas, que no nos vea á los dos; quedaos aquí... ¡ah! ¡Si hubiera otro que quisiera decírselo!

— ¿Vacilas?

— No... no.

Salió; yo no le seguí; pero mas tarde supe lo que habia ocurrido.

Miss March estaba en pié cerca de la chimenea de la cocina, tan absorbida en sus pensamientos, que no le vió entrar. No era entonces la jóven alegre y risueña que habíamos visto hacia tan pocos días á la orilla del arroyo; parecia tener algunos años mas. Cuando se volvió para hablar á John, no se mostró turbada: estaba sumergida en su pesadumbre.

— Mil gracias, caballero, mi padre está muy malo en verdad; yo estoy muy inquieta, pero Mrs. Tod es tan buena, ¡tan buena!... No lloreis así, mi querida Mrs. Tod; yo no puedo llorar, ni me atrevo, porque no podria contenerme, y entonces ¿qué seria de mi pobre padre? Calmaos, por Dios.

Y puso su mano en el hombro de la buena señora y miró á John, cuya conmocion crecia por momentos.

— ¿Porqué llora así Mrs. Tod? preguntó á mi amigo; estoy segura de que mañana mi padre se hallará mas aliviado.

— Así lo espero, dijo mi amigo acentuando esta última palabra; debemos esperar hasta el último instante.

— ¡Hasta el último instante! repitió estremeciéndose.

— Sí; y tampoco entonces se deben perder las esperanzas.

El aire de John la chocó mas que sus palabras. La jóven le miró atentamente.

— Quereis decir... sí... comprendo lo que quereis decir, pero estais en un error. El doctor Brown me lo habria dicho sí... sí...

Tembló y no pudo acabar.

— El doctor Brown tenia miedo... Todos hemos tenido miedo... exclamó Mrs. Tod con una voz entrecortada por los sollozos; pero M. Halifax ha pensado...

Miss March se volvió de repente hácia John; pero él no tuvo fuerzas para responder á su mirada. Creo que la tomó la mano, sin poder afirmarlo; ella me ha dicho despues que en aquel momento la pareció que la miraba como un ángel consolador que Dios la enviaba en su afliccion.

Miss March corrió á la escalera; John se vino á la sala y guardó silencio.

Un momento despues oimos la voz de Mrs. Tod que decía:

— M. Halifax.

Atravesamos corriendo la cocina y llegamos al pié de la escalera que conducia al cuarto de M. March.

¡El cuarto de M. March! ¡Su cuarto! ¡ay! ¡no poseia ya nada en este mundo percedero... nada! ¡y él no se contaba ya en el número de los vivos! ¡El ángel le habia tocado durante su sueño; ahora pertenecia al mundo eterno!

¡Descanse en paz! Olvidemos su vida; fué su padre.

Mistress Tod estaba sentada en la escalera teniendo á la jóven medio desmayada sobre sus rodillas. La jóven habia soportado con calma el horrible descubrimiento que habia hecho al entrar en el cuarto de su padre; pero cuando vió que todos los medios empleados para llamarle á la vida eran inútiles, ella misma le cerró los ojos, y despues de haberle abrazado, salió del aposento; mas al llegar al tercer escalon se habia caído.

John la tomó en sus brazos, la llevó á nuestra sala y la dejó en el sofá.

— Cerrad la puerta, Phineas; acercaos, Mrs. Tod.

En efecto, la jóven abrió los ojos para volverlos á cerrar al punto, lanzando un hondo suspiro. Luego haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se levantó á medias y nos miró á todos con ojos extraviados.

— ¡Querida hija mia! exclamó Mrs. Tod; querida hija; llorad, llorad, os lo suplico.

— No puedo, contestó reclinándose en el sofá.

Nosotros estábamos en pié, sobrecogidos de espanto á la vista de aquel semblante pálido, desencajado, donde se pintaba un dolor profundo y mudo.

John no pudo contenerse mas tiempo.

— Es preciso que lllore; Mrs. Tod, llevadla al cuarto de su padre.

Estas palabras produjeron el efecto que él deseaba, el efecto que quizá exigia la vida de la jóven. Se arrojó al cuello de Mrs. Tod, y se puso á sollozar amargamente.

— Ahora, Phineas, vayámonos.

Y salió de la casa vacilando como un hombre que tiene un velo en los ojos.

XIV.

— Estoy seguro, Mrs. Tod, de que eso será mejor para ella, dijo mi amigo con un tono resuelto, y si consiente, no hay nada mas fácil.



LA RECOLECCION DEL CAÑAMO EN LAS MÁRGENES DEL RHIN.

Habíamos decidido, John y yo, ceder á miss March la parte de la casa que ocupábamos, en cambio de la suya, excepto el cuarto silencioso donde habia entrado la muerte.

No tardamos en recibir un recado de miss March, diciéndonos que aceptaba agradecida nuestra proposición. Era al otro día de la muerte de M. March.

Pasamos pues aquel largo y triste domingo en la sala que habia sido de nuestros vecinos; oyendo las campanas de la iglesia, la lluvia que caía á torrentes y el viento de otoño que hacia temblar las ventanas de la casa.

El ruido en aquel cuarto tenia algo de siniestro; nos felicitábamos al pensar que ya no estaba en él la joven huérfana.

(Se continuará.)

menos de fijar su atención en el crecido número de pequeños estanques de aguas transparentes que cortan en mil y mil puntos ese interesante paisaje. Estos estanques cercados con gruesas piedras, son las albercas en que se pone á macerar el cáñamo; esos lagos en miniatura llenos de peces y adonde acuden incesantemente los pajarillos, se convierten en cierta época del año en pozos pestíferos, donde se morirían todos los peces y donde caerían como asfixiados los pajarillos que no huyeran lejos. Esto sucede cuando se ha puesto en el agua el cáñamo, que debe sufrir allí la *enriadura*.

El cultivo del cáñamo es muy lucrativo en el Hanau badense. La riqueza de la tierra hace tomar á la planta un desarrollo excepcional, y la industria del campesino ha sabido dar á la materia hilable una superioridad extraordinaria.

El cáñamo (*cannabis sativa*) pertenece á la familia de

las urticáceas, y tiene afinidades con la ortiga común y el cáñamo indio (*cannabis indica*), con el cual no se hacen cordeles, pero que suministra una sustancia famosa conocida con el nombre de *haschich*.

Como vegetal, el cáñamo es hermoso. Cultivado aisladamente y en una buena tierra, crece alto y derecho, y se carga en su base de ramas menudas. Cuando se cultiva para las necesidades de la industria, se siembra á puñados y se recoge en cañas delgadas y flexibles con pocas ramas laterales.

Oriundo de la Persia, el cáñamo se ha aclimatado en Europa tan sólidamente como el trigo, gracias á la rapidez de su vida vegetal. Su desarrollo está en proporción con la riqueza de la tierra, si bien hay muchos terrenos que le convienen. Vegeta con abundancia en el Hanau badense, y los hay que llegan á tener hasta cinco metros. Hé aquí en sustancia la historia vegetal é industrial de los cáñamos del valle del Rhin.

Hay dos modos distintos de cultivar el cáñamo, de recoger y de preparar su fibra, ya para producir una materia hilable destinada á la fabricación de cuerdas, ó ya para obtener otra buena para el tejido.

Estableceremos desde luego las dos categorías: 1ª Cáñamo para deshacerlo á la mano (cuerdas) *schleiss hanf*; 2ª Cáñamo para partirlo (tejido) (*brech hanf*).

El cáñamo para cuerdas debe suministrar una fibra larga, nerviosa y sólida; la planta debe estar sana y debe ser alta y vigorosa. Es preciso elegir una tierra rica con buen fondo y una simiente de buen origen. Se siembra claro, y cuando la vegetación está bastante adelantada, se destruyen los tallos raquíticos, y así el aire y la luz circulan mas libremente en el sembrado.

En la época de la recolección se dejan los tallos inferiores que mas tarde darán cáñamo para el tejido. Este último trabajo exige algunas precauciones; la mas im-

El cultivo,

RECOLECCION Y PREPARACION DEL CAÑAMO EN EL RHIN.

El Rhin y su magnífico valle no pertenecen exclusivamente á los caprichos sentimentales del viajero y á la opulenta ociosidad de las familias inglesas; los industriales tanto como los astrónomos pueden encontrar allí de paso provechosas lecciones. Entre los negros montes y el río de las leyendas está la tierra fecunda y el cultivo mas estudiado. El paisaje es para el poeta y el artista; la tierra es para el campesino, que tambien es artista y poeta cuando está guiado por su genio: el interés. El campesino sabe plantar un bosque, cuidar una colina, abrir mil arroyuelos en sus prados, desviar una corriente de agua ó detenerla, y distribuirla en charcos que rodea con piedras. El que ha recorrido ese inmenso vergel, cuya calle principal es el camino de hierro de Kehl á Appenweir, no ha podido



LA ENRIADURA DEL CAÑAMO.

portante es mantener bien altos los tallos arrancados para no romper los que se dejan en la tierra.

Menos precauciones se necesitan en cuanto al cultivo del cáñamo para el tejido.

Se siembra mas espeso y se espera que llegue á punto.

El cáñamo que encierra las semillas se coge el último.

Una vez recogido el cáñamo, ha muerto como vegetal, y el aldeano no es ya un labrador, sino que va á convertirse en un químico y un industrial. Su laboratorio está al aire libre, y ya le conocemos; es la alberca de agua trasparente con un cercado de piedras.

La preparacion á cuyo beneficio se separa de la planta la fibra hilable se llama *enriadura* (*hanfkies*). Esta palabra no tiene una etimología cierta, pero la dan tres ó cuatro. La enriadura es una verdadera descomposicion vegetal, una fermentacion pútrida suspendida cuando ha llegado á destruir la parte filamentosa que se quiere aislar. Esta descomposicion tiene su punto de partida en una sustancia *glutino-resinosa*, que une la capa fibrosa al cuerpo de la planta y las fibras entre sí; y en medio del agua (con mas ó menos rapidez, segun la elevacion de la temperatura) se opera esta fermentacion, gracias á la presencia del gluten, sustancia que fermenta fácilmente. Uno de los nuevos productos de esta descomposicion es el amoníaco, que obra á su vez disolviendo la materia resinosa.

No entraré en mas detalles sobre esta teoría generalmente admitida por los químicos; pero sí quiero insistir acerca de los singulares fenómenos que acompañan á esta operacion, no solo porque interesan al cultivo y á la industria, sino porque tocan á una cuestion muy seria de higiene general.

Una vez que el campesino ha reunido en hacesillos los tallos de cáñamo escogidos cuidadosamente, emplea las piedras que rodean la alberca para sujetarlos bajo el agua. A las veinte y cuatro horas se elevan ya globulillos gaseosos que vienen á reventarse en la superficie. Estos primeros globulillos contienen el aire casi puro; pero al tercer dia comienza á desprenderse ácido carbónico, y se siente ya ese olor *sui generis* propio del cáñamo en descomposicion. Cuando llega á este punto la maceracion, los productos gaseosos son mas complejos, puesto que el análisis demuestra la presencia del hidrógeno carbonado, del ácido sulfúrico, etc... En cuanto á los productos fijos, se posan ó se disuelven.

sin embargo funcionan constantemente; ¿se ha visto que en cierto radio mantengan enfermedades particulares? No por cierto; la enriadura es una operacion semejante, puesto que es una descomposicion orgánica.

En Francia esta tesis ha sido defendida ante la Academia de ciencias por M. Parent Duchatelet; y el doctor Gendron ha insistido en lo mismo en una polémica reciente. En el Hanau badense, los campesinos solo se quejan de tener que vigilar la maceracion viviendo mientras dura en medio de la humedad que producen esas charcas de agua. En cuanto al agua en si, la atribuyen una gran virtud cicatrizadora y la emplean para curar sus heridas.

El olor repugnante que exhalan las albercas y la muerte de los peces, han hecho que se considere la enriadura del cáñamo como funesta á la salud pública, y á ella achacan las enfermedades que pueden declararse en los puntos donde se practica. Pero esto no está probado.

¿Porqué mueren los peces?

Mueren por la absorcion de esa materia embriagadora (una especie de haschih) que encierra la especie *cannabis*, ó por asfixia, puesto que al cabo de algunos dias las albercas ya no contienen aire respirable; ó en fin, por la accion directa de los gases deletéreos en disolucion en el agua.

Las enfermedades que han podido reinar al mismo tiempo no han tenido nunca un carácter particular, que autorice á considerarlas como resultado de la accion perniciosa de los vapores infectos procedentes de la enriadura.

Por último, una atmósfera desagradable para el olfato no es por eso nociva á la salud. Las tenerías, las fábricas de negro animal, etc., son lugares que apestan y



CAMPESINOS BASTRILLANDO EL CAÑAMO.



CAMPESINOS PARTIENDO EL CAÑAMO CON LA MANO.

El cáñamo que se deshace con la mano (*schleiss hanf*) debe estar menos tiempo en las albercas que el cáñamo que se parte (*brech hanf*). La fibra menos enervada conserva mas solidez; su desecacion, menos completa tambien, exige mas cuidados. Por eso nunca secan el *schleiss hanf* en los hornos, sino siempre al aire libre.

Ha llegado el momento de deshacer el cáñamo. Esta operacion no es un trabajo, es una fiesta nocturna que esperan con ansia los campesinos. El lugar de reunion está á alguna distancia del pueblo; y eligen siempre una de las mejores noches del otoño. Mozos y mozas acuden á la cita cada cual con su silla bajo el brazo; encienden una hoguera en medio del campo; se forma corro; cada mozo elige su vecina, y mas de una Galatea alemana prepara sus ataques. En un principio reina el mayor silencio, todos trabajan. Es de ver la agilidad con que despojan cada tallo de cáñamo, primero teniéndole derecho, y luego partiéndole de distancia en distancia á medida que el filamento se desprende.

Los restos de los tallos arrojados á la hoguera alimentan constantemente el fuego; una llama ancha y brillante, apenas inclinada por la brisa, alumbrá los acentuados perfiles de los trabajadores; un círculo de sombras movilizadas repite caprichosamente sus ademanes. De repente principian las conversaciones y muy luego siguen las bromas; mas de un robusto Cupido, haciendo un arco con su cáñamo, envia un pedazo de agramiza, á guisa de flecha, al corazon de una aldeana. A medida que se adelanta en la tarea, la alegría crece, como si las emanaciones embriagadoras de la planta hubiesen trastornado todas aquellas cabezas por lo comun tan llenas de juicio. Concluido el trabajo, los campesinos se vuelven por grupos á la aldea.

El cáñamo preparado así (*schleiss hanf*) y procedente del Hanau badense, tiene una fama igual al menos á la del cáñamo piomontés, y es muy superior al de Rusia, que tan caro se vende en los mercados de Riga. Generalmente se envia á casas de la Prusia rhiniana y de Coblenza á 20 fr. el quintal badense (49 kilóg. 1/2); este está reservado para cordeles, inmensa salida que principia en la zapateria y acaba en los talleres de los cables marítimos.

El cáñamo de partir (*brech hanf*) pasa mas tiempo en las albercas. Su desecacion reclama menos cuidados y se apresura practicándola en hornos especiales. Estos hornos, establecidos en hondonadas por grupos de cinco ó seis, al abrigo de los vientos, funcionan á veces de día y de noche y proyectan en la sombra resplandores fantásticos.

Para partir el cáñamo emplean un instrumento especial, el rastrillo (*hanf knitch*). Despues de esta operacion se nota muy bien que el cáñamo secado en el horno carece de la flexibilidad y la finura del que se ha secado al aire libre. Es tambien menos sólido y mas áspero.

Como hemos dicho ya, este se destina especialmente al tejido y se vende á 12 fr. el quintal badense.

L. L.

Discurso

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA EN LA INAUGURACION DE LAS CATEDRAS DEL ATENEO DE MADRID EL 10 DE NOVIEMBRE DE 1860.

Señores: Al abrirse de nuevo las puertas de este instituto dedicado á la pública enseñanza, nada parece mas propio y oportuno que demostrar el grandísimo influjo que tiene la ilustracion en la prosperidad y grandeza de las naciones, pudiéndose tal vez graduar una y otra por la misma escala.

Tan palpable aparece esta verdad, que como no sea fácil contradecirla ni ponerla en duda, los enemigos de la ilustracion, para hacerla odiosa, apelan al recurso de suponer que socava los fundamentos de la moralidad y acarrea á las naciones grandísimos perjuicios.

Este es el último reduto en que se guarecen, y á fin de dificultar el ataque y espantar á la gente, sobradamente crédula, colocan sobre la puerta un escudo con armas sagradas. Conviene por lo tanto desalojarlos de este punto en que á duras penas procuran todavía encastillarse.

Ante todas cosas se debe preguntar: ¿cuál de los conocimientos humanos es tal por su índole y naturaleza que conduzca á la inmoralidad? No será de cierto la ciencia que da reglas para proceder con acierto en la averiguacion de la verdad, distinguiéndola de los sofismas y errores.

Ni la que procura penetrar dentro del hombre mismo analizando las facultades de su espíritu y realzando el concepto de su propia dignidad.

El estudio de las matemáticas es tan grave y severo, que ni admite la sospecha de poder convertirse en corruptor y pernicioso.

Lo propio puede decirse del estudio de la naturaleza en sus distintos ramos, pues todos ellos concurren en un punto, demostrar el poder y sabiduría del Supremo Hacedor.

Las ciencias morales, dedicadas á enseñar al hombre sus derechos y sus deberes, le señalan la norma á que debe ajustar sus acciones. Si en vez de acudir á las obras que contengan sanas doctrinas, se prefieren otras que perviertan el entendimiento é inflicionen la voluntad, á sí propio deberá imputárselo el que siga tan errado camino; así como no merecería disculpa el viajero que penetrando en un bosque de América poblado de

frondosos árboles, fuese á escoger precisamente aquel cuya sombra produce la muerte.

Si el abuso que pueda hacerse de una ciencia bastase á legitimar que debe proscribirse, preciso sería principiar por desterrar la botánica, pues sabido es que de muchas plantas se extraen jugos mortíferos; pero tambien, y en mucho mayor número, se recogen plantas saludables; es tal el prodigio de la ciencia, que llega hasta dar la vida con el veneno mismo.

El cultivo de la historia, escuela práctica de moral y maestra de las naciones, detiene el curso del tiempo á fin de examinar los hechos que sobrenadan, y deducir de ellos provechosa enseñanza. En nuestros días notamos mas vivo anhelo que en otras épocas para restituir á la historia su carácter propio; y lejos de haberse originado funestas consecuencias, la religion y la moral han salido de ello gananciosas.

Si del árido terreno de las ciencias pasamos al ameno campo de la literatura, no hallaremos el mas leve motivo de temer que pueda contaminar el ánimo de la juventud estudiosa. Buenas letras las apellidamos en nuestra hermosa habla; que no parece sino que hasta el nombre mismo las recomienda: letras humanas las llamaron los hijos del Lacio, y con razon decia el mas célebre de sus oradores: «Que suavizan las costumbres y no consenten ser feroces.»

El cultivo de las lenguas, tan útil bajo todos conceptos, como que parece añade al hombre un nuevo sentido, es aun mas indispensable en la edad presente en que tanto se estrechan los vínculos entre los varios pueblos y naciones.

En esta breve reseña, que pudiera extenderse mucho mas, hasta tocar los límites de los conocimientos humanos, aparece con toda claridad, que á ninguno de ellos puede con razon imputarse que tienda á corromper la moral de los pueblos; y en todo caso, el mal provendría de no haber dado al edificio de la ciencia su mas firme y sólido cimiento: la educacion moral y religiosa.

Si del exámen teórico pasamos á comprobar la exactitud de la acusacion en la piedra de toque de la experiencia, encontraremos el mismo resultado.

Los cuadros de la *edad media*, bosquejados por hábiles pinceles, ofrecen cierta originalidad y grandeza: nos place ver á los guerreros con armaduras brillantes, apuestas damas y castillos magníficos; pero el encanto desaparece al contemplar la opresion y miseria del pueblo. El predominio de ciertas clases, la abyeccion de otras, la falta de freno y la comun barbarie no podian favorecer bajo ningun concepto la moralidad de aquellas gentes, y de ello nos quedan abundantes y tristísimos testimonios.

Cuando, merced al influjo de muchas y poderosas causas, se fué disipando la niebla, mas espesa y pesada que la que suele gravitar sobre el Támesis, al compás mismo que se fué difundiendo la ilustracion fué mejorando insensiblemente la condicion moral de los pueblos.

Se disminuyó la inmensa distancia que separaba á las diversas clases; se templó el poderío de los señores; nació la aristocracia del saber, que menguó el exclusivo influjo de la nobleza, y aspiró (muchas veces con buen éxito) á tomar grandísima parte en la gobernacion del Estado.

El adelanto mismo que se notó en varios ramos, quitando trabas á la agricultura y favoreciendo á la industria y al comercio, no podia menos de producir mejoras en la administracion de los pueblos. Estos, así que llegaron á cierto punto de bienestar y de riqueza, aspiraron, por una tendencia natural, á asegurar su futura suerte por medio de franquicias municipales, preludio ya y cimiento de la libertad política, que se desarrolló en sazón oportuna.

Con la mayor ilustracion se desterraron preocupaciones vergonzosas; se templó el excesivo rigor de las penas; desapareció de los códigos la bárbara prueba del tormento, y se apagaron (para no volver á encenderse jamás) las hogueras de la inquisicion.

Si la ignorancia fuese un preservativo de la moralidad de los pueblos, así como rudas capas de tierra suelen cubrir riquísimos metales, las provincias mas atrasadas de un Estado deberían señalarse por sus buenas costumbres, y no hay nadie que se atreva á sostener semejante paradoja.

Lo mismo que en las diversas provincias, y en mayor escala, debería observarse respecto de las naciones; y las que caminan á la cabeza de la civilizacion deberían ser por esta misma causa las mas corrompidas, lo cual dista mucho de la verdad.

Aun sin salir de nuestra propia casa, y sin que yo pretenda mantener un paso honroso en favor de la edad presente, tampoco me constituiré en *laudator temporis acti, se puero*, como decia Horacio.

En otras épocas (para no hablar de algunas demasias cercanas) no aparece la moralidad del pueblo español con el puro esmalte que algunos pretenden. El antiguo teatro, fiel espejo de las costumbres, y que levantó el crédito literario de la nacion á tan grande altura, no ofrece, á mi entender, un cuadro muy edificante; y pasada aquella postrer llamarada en tiempo de los últimos Felipes, grima y vergüenza da contemplar el estado de la nacion bajo el ceiro de un Carlos II.

Ni debe omitirse una reflexion, muy digna de tomarse en cuenta si se ha de comparar con mediano criterio la moralidad de unas y otras épocas. Ahora existe en todas partes el uso de la imprenta y la tribuna; levantada en varias naciones, denuncia abusos, los exagera á veces, los difunde por todo el ámbito del mundo. La sola publicidad que dan los periódicos, repitiendo un

mismo hecho, como la voz que repite el eco, basta para establecer una visible diferencia entre unos y otros tiempos.

¿Qué concepto se formaría de algunos de los mas celebrados si se les sacara todos los días á la plaza pública de la manera que se hace al presente?...

No es posible que el astro de la sabiduría se eclipse ni por breves instantes, como hemos visto no há mucho eclipsarse el sol en el cielo.

Tampoco es dable que ninguna nacion se aisle completamente, cuando vemos que hasta el alambre mismo se brinda á propagar el contagio.

Es de advertir que de todos los tiros que se asestan contra la ilustracion, ninguno alcanza al verdadero saber, sino al que tenía su vana apariencia, como esos mentidos astros que suelen simular en el firmamento.

En el estado actual de las sociedades humanas solo son posibles dos medios de evitar, ó disminuir al menos, el daño que tanto se pondera. Uno de ellos es que la ilustracion que se dé á la juventud sea sana y escogida: procurando, en cuanto sea dable, preservar su espíritu de teorías peligrosas, que suelen seducir por su novedad y osadía, pero que son impracticables y de funestas consecuencias.

A la par debe procurarse que no se convierta la ilustracion en una especie de monopolio; pues entonces sería como un arma prohibida que solo pudieran manejar unos pocos.

Ampliando la base de la instrucción para que pueda alcanzar, mas ó menos, á todas las clases del pueblo, facilitando luego la enseñanza de aquellos ramos que son de mayor uso y provecho en la sociedad, y estrechando el círculo á medida que se adelante en el camino de las ciencias, no haya miedo de que la instrucción flaquee por falta de sólidos cimientos.

Este es el fin que debe proponerse todo gobierno que conozca y aprecie el espíritu del siglo, en el cual todo es movimiento y vida; ni es lícito pararse ni retroceder; ó las naciones adelantan, ó degeneran y perecen.

Apologistas de los antiguos tiempos, si el ruido de los ferro carriles os aturde; si os duele que la palabra se trasmite á inmensa distancia con la celeridad del pensamiento; si os lastima ver el cuadro que ofrece la mayor civilizacion y cultura, volved la vista á las regiones de Oriente. Allí reina la inmovilidad mas completa; allí pasan silenciosos los siglos sin dejar rastro ó huella. Allí el pueblo está dividido en castas, y se hallan como petrificadas las costumbres mas bárbaras, y canonizadas por la supersticion las prácticas mas absurdas y crueles.

Muy cómodo sería coger á manos llenas el fruto de la civilizacion y cultura, evitando los inconvenientes que consigo lleva, como todas las cosas humanas; mas es preciso elegir, ó por mejor decir, preciso es resignarse. Los mismos que se empeñan en sostener tan errado sistema son víctimas de una ilusion, caminan con suma velocidad y les parece que los árboles situados en la orilla caminan en direccion opuesta.

Cuanto no se dejen llevar de alucinacion tan inconcebible; cuantos adviertan cómo adelanta el humano linaje por la senda que le señala la mano de la Divina Providencia, no podrán menos de exclamar, como Galileo en las cárceles de la inquisicion, dando con el pie en la tierra: *E pur si muove*.

Mas conviene que el movimiento sea ordenado; que ni por el ansia de llegar antes al anhelado término haya que retroceder lastimosamente, ni que los obstáculos interpuestos en la via estimulen á saltar por encima.

La máxima *lente festina*, apresúrate lentamente, que pudiera servir como de clave á la moral y á la política, es tambien aplicable á la enseñanza.

Todos los conocimientos humanos están eslabonados, y no se puede desatar un anillo sin que resulte la confusion y el caos. De ahí la necesidad de dedicarse con ahinco al estudio de las obras elementales, que aunque árido y enojoso, hace que el progreso ulterior sea mas rápido y seguro.

Los que nos admiran con magníficos cuadros en que brilla la imitacion de la naturaleza y sus bellísimos colores, por largo tiempo trazaron las facciones del rostro y el contorno del cuerpo humano con el humilde lápiz.

De la propia suerte los que nos encantan con la magia de los sonidos, llegando á conmover dulcemente las fibras del corazon, hubieron de pasar muchas vigiliás estudiando los ingratos rudimentos de la música y las reglas de la composicion.

¿Ni cómo se pretendería que el cultivo de las ciencias, tanto mas difícil cuanto mas elevado, estuviera exento de la regla general que impuso el mismo Dios al hombre, de no coger el fruto de la tierra sino regado con el sudor de su frente?

Tenedlo siempre en la memoria, jóvenes aplicados; que bien merecen este nombre los que prefieren estudios graves al ocio innoble y al fútil pasatiempo: ni los obstáculos os arredren, ni la impaciencia y el mismo laudable ardor os precipite.

Por fortuna teneis excelentes guías en los ilustrados profesores que, sin mas estímulo ni recompensa que su amor al saber, se dedican á conducirnos en tan difícil senda.

Aprovechad sus lecciones; imitad su ejemplo, y animados de aliento generoso, podreis decir lo que el coro de mancebos en los juegos olímpicos, respondiendo á los ancianos y á los de edad proveyta: «Nosotros un día seremos tales, que á todos vosotros aventajaremos.»

Sucesos de la China.

PARTES DADOS POR EL GENERAL MONTAUBAN SOBRE LOS HECHOS DE ARMAS OCURRIDOS EN LAS RIBERAS DEL PEI HO.

Cuerpo expedicionario de la China. — Cuartel general de Sin-kho, 18 de agosto de 1860. — El general en jefe de las tropas francesas en China á S. E. el ministro de la Guerra. — Señor mariscal: — Tengo el honor de dirigirla el siguiente parte de las operaciones del 14 de agosto.

El ejército aliado, que habia salido de Peh-tang el 12, despues de rechazar á la caballería enemiga y de arrojar á la infantería de las posiciones atrincheradas que ocupa en las inmediaciones de Sin-kho, se instaló por la tarde cerca de ese pueblo, situado en posición que domina todas las obras defensivas de la ribera izquierda del Pei-ho. En el mismo día y á consecuencia de un reconocimiento hecho en una calzada que arranca de Sin-kho, supe que á unos cinco kilómetros habia un numeroso campo atrincherado al rededor del pueblo de Tang-kou, y defendido considerablemente tanto por los obstáculos naturales como por fuerzas de infantería y artillería.

Este campamento que se apoyaba en el Pei-ho no era accesible para nosotros mas que por dos desembocaduras; una de ellas era la calzada que seguimos el día 12, calzada que teniendo lagunas á uno y otro lado no permitia desplegar fuerzas de artillería ni de infantería; la otra desembocadura en favor de la cual se decidió el general en jefe de los ingleses, y yo tambien por lo que respecta á nuestra línea principal y comun de operaciones, era la orilla izquierda del Pei-ho. Este terreno estaba cortado por sus numerosos canales que oponian á nuestra marcha dificultades que fueron vencidas merced á la cooperacion siempre celosa é inteligente de los ingenieros, de la artillería y de los pontoneros.

De esta suerte era posible aproximarse bastante á los atrincheramientos para poner en movimiento á las baterías de los dos ejércitos, abrir un fuego eficaz, destruir en gran parte las obras defensivas del enemigo y arrojar en seguida columnas al asalto que sostenidas por el grueso de nuestras fuerzas, debian apoderarse de dichas obras.

Tal fué el plan adoptado, y el día 14 por la mañana los dos ejércitos se pusieron en marcha por el órden siguiente:

El ejército inglés, apoyando su derecha en el Pei-ho, bajaba en direccion paralela al rio, en tanto que las dos brigadas Janin y Collineau, en columnas cerradas, y guardando medias distancias, marchaban á su izquierda y en la propia direccion. A la línea de infantería le precedia la artillería que en aquella jornada era la que habia de entrar primero en acción: la artillería estaba cubierta y apoyada, sobre todo á su izquierda, por una vanguardia de infantería dispuesta en la siguiente forma: una compañía de ingenieros, doscientos marineros de desembarco y dos compañías de cazadores de infantería.

El terreno que nosotros habiamos de recorrer era menos firme que el designado á nuestros aliados; la marcha del ejército, sin embargo, no sufrió la menor demora. A las ocho las dos baterías de la 4ª y la seccion de artilleros de cohetes á la congreve se desplegaban á la izquierda de las piezas inglesas y abrieron el fuego junto con ellas á la distancia de unos 1,500 metros de los atrincheramientos. La precision de sus tiros, á pesar de los disparos continuos, pero felizmente mal dirigidos, del enemigo, permitieron en breve al coronel de Rentzman adelantar su línea haciendo fuego por medias baterías y avanzando. La batería de obuses de montaña entró en línea luego que la menor distancia permitió que su fuego fuese eficaz.

Entre tanto nuestras masas de infantería se conservaban á distancia, y al extremo de nuestra izquierda, en la calzada indicada anteriormente, hice ejecutar una diversion por dos piezas de la cuarta, sostenidas por el segundo batallon de infantería de marina. Estas dos piezas debian conservarse á la altura de la izquierda del ejército y destruir las obras defensivas situadas al extremo de la calzada que el ejército seguia, habiéndose reconocido que sobre este punto debia dirigirse la columna de asalto.

La artillería se aproximó hasta 400 metros bajo un fuego que iba disminuyendo gradualmente. La mayor parte de los proyectiles enemigos pasaban por encima, y caian en el espacio que quedaba desocupado antes de llegar á nuestra infantería, desplegada entonces por batallones en masa.

A eso de las nueve el fuego de los chinos se habia casi apagado, excepto el de algunas troneras del extremo de su derecha que hacian fuego sobre nuestra izquierda.

Habia llegado ya el momento de obrar, y despues de ponerme de acuerdo con el general Grant, acercando toda mi infantería por medio de un movimiento de avanzada, di al teniente coronel Schmitz, mi jefe de estado mayor general, la órden de formar las tropas de vanguardia en columnas de asalto y apoderarse á su frente de las trincheras enemigas.

Este oficial superior, aunque estaba á la sazón enfermo de gravedad, desempeñó su mision con singular energía. La compañía de ingenieros, seguida de los coolies que llevaban las escaleras, las dos compañías de desembarco mandadas por M. Jaureguiberry, las compañías sétima y octava del segundo batallon de cazadores, mandadas por M. La Posterie, llegaron luego despues á las inmediaciones de la contraescarpa, habiendo

tenido que sufrir un fuego bastante vivo de fusilería. El teniente coronel Schmitz se arrojó al foso que estaba lleno de agua, siguiéndole los capitanes Chanvine y Guerrier, del estado mayor general, y los capitanes Paillot y Etienne, del segundo batallon de cazadores de infantería. Llegó el primero á lo alto del parapeto y enarboló allí la bandera nacional á la vista de todo el ejército. Llamó á las tropas; estas se arrojaron al interior de las obras defensivas persiguiendo á los defensores que huian en desórden.

Al propio tiempo una columna inglesa habia penetrado en otro punto; el campo atrincherado era ya nuestro. Un puente echado sobre el foso permitió en breve al resto de nuestras tropas completar la ocupacion, y la persecucion, aunque entorpecida por los numerosos canales que cortan en todas direcciones el interior del campo atrincherado, continuó hasta mas allá de las obras. Entonces, y de resultas de una conferencia que tuve con el general Grant, resolvimos hacer alto.

Gran número de cadáveres abandonados en el punto en que habian caido, un centenar mas que se encontró en las casas abandonadas del pueblo, los cadáveres de algunos mandarines de elevada clase que se suicidaron en el acto de declararse en fuga sus tropas, atestiguan que las pérdidas del enemigo habian sido considerables, y revelaban los estragos ocasionados por nuestra artillería rayada. Por lo que respecta á nosotros, el adjunto estado manifestará á V. E. que gracias á la superioridad de nuestro fuego y al estímulo de nuestras tropas, no hemos comprado muy caro un triunfo tan importante.

Nos hemos apoderado de quince piezas de bronce, sin contar un número crecido de pequeño calibre. El enemigo abandonó tambien en su fuga un número bastante crecido de banderas que me contenté con inutilizarlas, no creyendo conveniente llevarlas á mi campamento. Tengo el honor de remitir por este correo copia de la órden general número 85 V. E. veré en ella los nombres de los oficiales y soldados que se han distinguido á mi vista en un brillante hecho de armas, y que he creído conveniente citar en la órden dirigida al ejército. El coronel de Rentzman, jefe de la artillería, secundado por el coronel Foulton Grandchamps, ha dirigido sus baterías con un vigor y una precision superiores á todo elogio.

Dignaos, señor mariscal, etc. — El general en jefe de la expedicion de la China, — C. DE MONTAUBAN.

Campamento de Sin khou, 24 de agosto de 1860.

Señor mariscal: — Tengo el honor de dirigir á V. E. el parte sobre la ocupacion de la ribera derecha del Pei-ho, efectuada el 18 de agosto por las tropas de la primera brigada (segundo batallon de cazadores de infantería y primer batallon de 101 de línea).

El día 20 el general Janin, en cumplimiento de mis órdenes, hizo un reconocimiento destinado á reconocer las desembocaduras que tenia á su frente. Encontró en breve obras muy fuertes y hubo de detenerse ante un fuego de artillería de gran calibre. Entonces me convencí de que en esta orilla, lo propio que en la izquierda, era imposible atacar los fuertes sin tomar antes un campo atrincherado como el de Tang-kou que habiamos tomado el día 14.

Desde entonces estuve ya perfectamente enterado del conjunto de las obras defensivas de los chinos.

En cada orilla, á la embocadura del Pei-ho, habia un fuerte enorme que dominaba el Gar y las inmediaciones de las estacadas; mas arriba habia otro fuerte que con sus fuegos protegia á las obras de defensa y enfilaba el rio, y por último, para proteger todas las obras por la parte del mar, habia un vasto campamento atrincherado entre la tierra firme y las lagunas.

La posición de la brigada Janin cubria mi paso y amenazaba la única línea que quedaba al enemigo.

De acuerdo con el general en jefe sir Hope Grand, mandé activar todo lo posible las obras del puente que construimos en comun. Pero atendida la anchura del rio que en dicho punto es de 260 metros, se necesitaban algunos dias para terminar el puente, y se acordó aprovechar este período para atacar el fuerte mas inmediato á Tang-kou en la orilla izquierda.

Las cañoneras de las dos escuadras debian al mismo tiempo cubrir con los fuegos de sus cañones de largo alcance el fuerte de la ribera izquierda situado mas abajo del que nosotros atacáramos.

La brigada inglesa de sir Roberto Napier y la brigada del general Collineau fueron las designadas para esta operacion, que se señaló para el día 21.

El general Collineau fué á vivaquear en el campamento de Tang-kou el día 20 por la tarde con una compañía de ingenieros, el primer batallon del 102 de línea y dos batallones de infantería de marina. Una batería del 12 con cañones rayados, una partida de pontoneros mandados por el coronel Grandchamps y una seccion de ambulancia debia unirseles al amanecer.

Este oficial general se puso inmediatamente en relaciones con el general Napier que habia tomado posición delante de Tang-kou, y á su retaguardia protegia su artillería de sitio.

Acordaron los dos que en el ataque del día siguiente las tropas francesas ocupasen la derecha de las inglesas.

El 21 por la mañana la brigada Collineau entró en el terreno de las operaciones por dos caminos que cruzan las tierras inundadas que hay delante de Tang-kou. La compañía de ingenieros habia preparado esta

marcha terraplenando por la noche un corte hecho en el camino de la derecha.

Desde el amanecer los fuertes enemigos habian abierto el fuego contra la artillería inglesa.

El general Collineau tomó las disposiciones siguientes: se dirigieron contra el fuerte atacado dos piezas que cruzaban su fuego con el de las piezas inglesas; las otras cuatro piezas situadas á la orilla del rio empezaron á atacar las baterías de los fuertes de la orilla derecha, cuyos fuegos nos cogian de flanco.

El primer batallon del 102, mandado por el coronel O'Malley, el primer batallon de infantería de marina, mandado por el coronel de Vassoigue, estaban desplegados á retaguardia y protegidos por una curva del terreno. El segundo batallon de infantería de marina, mandado por Domenech Diego, se habia quedado de reserva en Tang-kou.

A eso de las siete se percibió una explosion formidable en el fuerte que atacáramos: el general Collineau hizo avanzar inmediatamente tres compañías del 102, que tomaron posición detrás de un pequeño promontorio á unos 300 metros de la contraescarpa. El fuego de nuestra artillería se activó entonces. A las siete y media otra explosion mas ruidosa que la primera nos manifestó que habia quedado destruido el segundo fuerte de la orilla izquierda. Sin embargo el fuego de los fuertes de la derecha nos incomodaba mucho; entonces se condujeron á la línea formada por las tropas adelantadas dos piezas de á 12 y dos obuses ingleses, con el objeto de contrarrestar dichos fuegos.

Se aproximaba el momento decisivo. El capitán Lesergeant d'Hendecourt, ayudante de campo del general Collineau, fué comisionado por este para reconocer los obstáculos, que consistian en tres fosos llenos de agua que cruzaban un terreno cenagoso, y solo eran accesibles por dos caminos resbaladizos que apenas tendrian dos metros de anchura. El espacio entre los dos últimos fosos y el pie de los parapetos á que no habia podido abrir brecha el fuego de nuestra artillería, estaba cubierto por obras defensivas de toda clase.

De comun acuerdo los generales Collineau y Napier arrojaron sus columnas de asalto.

La compañía de cazadores del 102 se adelantó mientras los coolies que llevaban las escaleras, bajo la direccion de una seccion de ingenieros mandada por el capitán Bovel, se dirigian hácia la contraescarpa.

La cuarta compañía del primer batallon del 102 acompañaba á poca distancia á los cazadores, y el coronel O'Malley tomó el mando de esta columna. Sin embargo, el fuego de fusilería nos ocasionaba graves pérdidas. Los coolies, muchos de los cuales habian sido alcanzados por el fuego, vacilaban ya, y fué preciso que otra seccion de ingenieros se encargase de llevar las escaleras abandonadas.

Gracias á la inteligencia y á la actividad de los ingenieros, gracias al valor de nuestra gente, pronto fueron allanados los obstáculos y se arrimaron algunas escaleras á los parapetos. Inmediatamente el general Collineau mandó adelantarse una columna para prestar apoyo, compuesta de tres compañías de infantería de marina. Entonces se empeñó una de esas luchas memorables que es muy difícil describir. Por una parte algunos soldados del 102 y de infantería de marina subian uno tras otro las escaleras bayoneta en mano; por otra un enemigo encarnizado luchaba con fusiles, picos y dardos, y vomitaba balas desde la parte superior de los parapetos. Al fin el tambor Fachard, de la cuarta compañía del primer batallon del 102, izó la bandera francesa en el fuerte: dicho tambor fué uno de los primeros en trepar á él y sostuvo una lucha heroica. El coronel O'Malley, el primer comandante Testard, de infantería de marina, el jefe de escuadron Campenon, enviado por el general Collineau poco despues de haber empezado la acción para activar el movimiento, el teniente de navío Rouvier, que mandaba los coolies, el teniente coronel de estado mayor Dupin, que habia reclamado la honra de ir con la columna de asalto, arastraron tras sí á nuestros soldados. La energía de nuestras tropas los alentaba: penetraron en las obras de defensa, y allí empezó un nuevo combate en terreno que el enemigo defendia palmo á palmo con indecible encarnizamiento.

Por último, el fuerte fué conquistado; los ingleses por su parte tambien penetraron en él: el enemigo se precipitó por todos los puntos de salida, y huyó tomando la direccion del segundo fuerte, bajo una lluvia de balas que cubria el terreno de muertos y heridos.

Pero nuestras pérdidas eran graves y deplorables. El teniente Grandperrier, de los cazadores del 102; el aposentador Blanquet Du Chayla, agregado al cuerpo de los coolies, fueron heridos mortalmente; los tenientes Balme y Porte, el ayudante sargento Lunet, del 102, fueron gravemente heridos. De ocho oficiales de las dos compañías del 102, solo dos fueron respetados por la balas; la compañía de cazadores cuenta por sí sola 62 bajas entre muertos y heridos. El comandante Testard solo consiguió entrar en el fuerte despues de recibir varias contusiones y lanzazos, cayendo por último á consecuencia de una bala que le tocó en la cabeza.

Dejando al general Collineau el mando que le habia confiado, no dejé por esto de asistir á la acción y pude observar todos sus detalles.

La toma de este primer fuerte era por sí sola una victoria completa; pero no eran mas que las nueve de la mañana, y tuve que examinar si podrian sacarse grandes resultados del triunfo que habiamos obtenido,

Entré pues en el fuerte para ponerme de acuerdo con el general Grant. Entonces había cesado por completo el fuego de la ribera derecha que tanto nos había incomodado por la mañana, y en todas las obras defensivas del enemigo se habían izado banderas blancas.

Presentáronse los parlamentarios pidiendo hablar con los embajadores. El general Grant y yo les contestamos que á las dos en punto, excepto en el caso de una sumisión completa, volverían á empezar las hostilidades. Aproveché esta tregua para dar descanso á nuestras tropas.

Había dado al coronel Reutzman la orden de que hiciera venir inmediatamente las dos baterías de á 4, la segunda batería de á 12 y la sección de artilleros de cohetes á la congreve. Las baterías de á 4 debían dirigirse contra el segundo fuerte de la ribera izquierda, que era el nuevo objeto de nuestros ataques; las demás fuerzas indicadas, desplegadas á orillas del Pei-ho, debían atacar al gran fuerte de la ribera derecha, cuyas baterías podían coger de flanco á nuestras columnas.

A las dos en punto el general Colineau se dirigió al segundo fuerte, dejando de reserva las tropas que habían entrado en acción por la mañana, en tanto que la artillería desplegada se disponía á abrir el fuego. Llegó con su tropa hasta las inmediaciones del foso sin que se le disparara un tiro; salváronse los obstáculos; empezóse el asalto; la infantería de marina penetró por una poterna situada á orillas del río, y nuestras dos columnas se encontraron en el interior del fuerte teniendo en medio una guarnición de tres mil hombres que había rendido sus armas y parecía atemorizada.

Este segundo fuerte, lo propio que el primero, contaba con una artillería formidable y con piezas de un calibre enorme.

Esta nueva victoria nos manifestó la desmoralización del ejército enemigo.



VISTA DE LA CIUDAD DE COSENZA (Calabria).

inglés, se ofrecía entregar á los aliados los fuertes conquistados por la mañana, y franquear el río Pei-ho á las escuadras, pero reservando á los chinos los fuertes y demás obras de la ribera derecha.

Estas proposiciones fueron desechadas, y los oficiales franceses é ingleses resolvieron ir á encontrar al virey en su yamun de Takon.

Les recibió muy bien, y tuvieron con él una larga conferencia; sin embargo, el virey se manifestó resuelto á no ceder.

Hasta las ocho de la noche no cedió, pues á esta hora puso en manos de los oficiales un documento dirigido á los generales en jefe de mar y tierra de los ejércitos aliados, documento en que les hacía entrega de todos los fuertes y campos atrincherados situados á las dos riberas del Pei-ho con todo su material de guerra, y dejaba libre el acceso al río. Al día siguiente al amanecer recibí dicho documento; pero desde el anochecer del día anterior algunas compañías de infantería de marina y algunas compañías inglesas se habían establecido en la ribera derecha, cuyas obras acababan de ser evacuadas con el mayor desorden por las tropas tártaras.

En resumen, la jornada del 21 nos valió la toma de cinco fuertes, dos inmensos campos atrincherados, un gran número de armas de toda clase, municiones de guerra y 518 cañones de gran calibre.

Al terminar este parte no puedo menos de recomendar especialmente á V. E. al general Colineau, que en la sangrienta lucha del 21 de agosto desplegó el valor y la energía que V. E. ya sabe. No puedo menos de hacer justicia á la sangre fría y á la inteligencia con que dirigió la operación. Durante el asalto dicho oficial general recibió un balazo en la charretera de la derecha.

Por lo demás, desde el principio de esta campaña y en medio de las dificultades que no tienen analogía en Europa, las tropas han rivalizado siempre en constancia y arrojo. La artillería, que había de desempeñar un papel tan importante, se ha portado bien en todas partes.

Los ingenieros han cumplido con su habitual celo la difícil tarea que les estaba encomendada. El servicio de las ambulancias ha sido superior á todo elogio, tanto por los auxilios prestados á los enfermos en nuestros hospitales, como por la prontitud en socorrer á los heridos en el campo de batalla.

Adjuntos acompaño los estados de muertos y heridos, y de los cañones tomados en los fuertes, la orden general núm. 91, relativa á la acción del 21, y dirijo al propio tiempo á V. E. algunas observaciones sobre las cuales le ruego se digne llamar la benévola atención del emperador.

Dignaos, etc. — El general de división, general en jefe de la expedición de China, — C. DE MONTAUBAN. †

Cosenza en la Calabria.

Damos en esta página una vista de la ciudad de Cosenza en la Calabria, acompañada de dos tipos célebres del país, el bandido y el campesino calabrés. Cosenza es una ciudad tan antigua como famosa. Según los historiadores romanos que la citan á menudo, no solo estuvo sujeta á todos los cambios políticos de las demás ciudades de la Italia, sino que se vió expuesta á la bárbara crueldad de los turcos que la saquearon y la destrozaron horriblemente, como todo ese litoral presa de aquellos bárbaros durante los siglos XV y XVI. Situada á la falda del Apenino en una posición agradable y risueña, tiene en su contorno una campaña fértil que produce en abundancia vi-

nos exquisitos, azafran, lino, plantas medicinales, etc. Cosenza era el lugar predilecto de Alarico, rey de los godos, que murió allí en el año 410. Capital y metrópoli, patria de muchos hombres ilustres, posee algunos establecimientos de utilidad pública; sin embargo, apenas cuenta 8,300 habitantes.

La medalla de Italia.

Por una decisión imperial del 16 de marzo de 1860, se han concedido 26 cruces de la Legion de Honor y



BANDIDO CALABRES.



ALDEANO CALABRES.

El jefe de escuadron Campeon y el capitán Cools estaban ocupados entonces en procurarse medios para pasar el agua y se habían apoderado de un junco. Les mandé que pasasen el río por la ribera derecha con los oficiales ingleses encargados de igual comision por el general sir Hope Grant, y que fueran á intimar al virey del Petcheli el abandono inmediato de todas las obras defensivas del Pei-ho.

Al llegar á la opuesta ribera dichos oficiales trataron de entrar en el primer fuerte; pero se lo impidió un mandarin militar que al verlos mandó levantar los puentes. Entonces se les presentó otro mandarin que llevaba despachos para los generales aliados: en estos despachos, que fueron abiertos inmediatamente y traducidos por M. Parkes, del ejército



MEDALLA ACUÑADA PARA RECOMPENSAR LOS CUIDADOS PRÓDIGADOS A LOS HERIDOS FRANCESES DEL EJERCITO DE ITALIA.

368 medallas de plata á las personas que mas se habían distinguido en la alta Italia por los cuidados prodigados á los heridos franceses en la campaña de 1859.

Damos el dibujo de estas medallas, grabadas por el eminente artista francés M. A. Barré, y que van á ser distribuidas próximamente. — Tienen por un lado la efigie del emperador, y por el otro en la orla: *Por los cuidados dados á los heridos franceses, 1859.* En el lugar de la inscripción y en el centro de una corona de dictamo, los nombres, apellidos, calidad y residencia de los merecedores están grabados *en relieve*. Esta última particularidad aumenta el valor moral de las medallas, pues cada una de ellas habrá exigido una acuñación especial. P. P.